

da: queréis ir á la India para cuidar de la corta existencia de un anciano, y tal vez para recoger el último suspiro de un hombre ya estenuado, y dejar aquí, en su primera flor, una vida privada de toda esperanza.

—Sigo la máxima, respondió Conrado, de no inquietarme nunca por lo que llaman *circunstancia y necesidad*, cuando habla el deber. La vida de Pepita y la de mi padre dependen de la voluntad del cielo; pero en mi mano está el hacer una buena acción, y haré lo que ordena el deber: lo demás queda al arbitrio del que todo lo rige y lo gobierna. ¿Tengo acaso seguridad de prolongar la vida de Pepita por medio de una infamia?

—No me habeis dejado concluir, caballero Eck, repuso Mr. de Wallenroth. He escrito que las circunstancias habian variado, y así es efectivamente. Apuesto que no vais á la India.

—¿Pues qué? ¿Ha muerto Mr. Marbel? ¿Queréis engañarme? respondió Conrado asustado, ¿o habeis recibido por el último correo la noticia de que mi bienhechor regresa á Europa? . . . Os ruego que no prolonguis mi tormento: ¡Padezco tanto! . . .

—Nada de eso, prosiguió Mr. de Wallenroth sonriéndose. Vais á quedar asombrado: sois propietario de Alleck. No es mio: solo me ha pertenecido muy poco tiempo. Mr. Marbel me lo ha comprado, y lo ha destinado para vos; pero ántes queria saber hasta qué punto os habian aprovechado vuestros viajes. Mr. Schmidt ha sido el ejecutor de la voluntad de Marbel: habeis sufrido la prueba, y ahora todo está ya concluido: sois lo que Marbel deseaba que fuéscis. Hoy mismo os entregaré la escritura de donación. Habeis ganado legítimamente á Alleck: os pertenece en propiedad.

Conrado estaba petrificado y no sabia qué pensar. Por último exclamó con voz temblorosa, y levantando hácia el cielo sus ojos humedecidos por el llanto.

—¡Generoso Marbel! . . . ¡Siempre piensas en los demás, y jamas en tí! . . . ¡Conque ya no te encuentras en la indigencia! . . . Puesto que es así, (porque creo, señor de Wallenroth que no os burlais de mí en este momento solemne), os suplico, como igualmente á Mr. Schmid, que celebreis conmigo un convenio ventajoso. La propiedad de Alleck produce cerca de sesenta mil florines: dentro de pocos años valdrá ciento veinte mil; ¿queréis darme su importe en letras de cambio sobre Londres?

—Antes de entrar en negociaciones, dijo Mr. de Wallenroth con marcada agitación, necesitais tener en vuestras manos la escritura de donación. En seguida fué á buscarla.

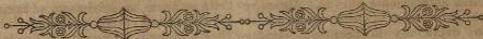
El banquero, en cuanto volvió á entrar en la habitación Mr. de Wallenroth con la escritura, abrazó á Conrado, le estrechó contra su corazón, y salió llorando.

Mr. de Wallenroth no estaba mas tranquilo: entregó el documento á Conrado, y siguió apresuradamente á Mr. Schmidt, para ocultar las lágrimas que no podia contener.

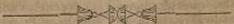
Conrado no comprendió la conducta de sus dos amigos. ¿Qué les sucede? decía entre sí, siguiéndole con la vista: tienen el semblante turbado. Mi resolución de ir á la India merece indudablemente su aprobacion, ¿pues por qué se oponen á ella? ¿Qué les importa que marche ó que me quede, que gane ó que pierda? Porque para hombres, cuya alma se ha embotado con el comercio de la vida, todo se reduce en definitiva á ganar ó perder, haber ó deber.

Se sentó junto á uno de los balcones y desarrolló la escritura. Cuando llegó al nombre de Marbel, escrito por mano de su bienhechor, besó el sitio donde se habia apoyado aquella mano querida. . . . despues leyó. Era una cesion de propiedad con sus derechos y franquicias en favor de Conrado Eck.

(Continuará.)



## VARIEDADES.



### INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

#### SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONCLUYE.)

He aquí los tres caracteres, las tres grandes fases que presentan las sociedades actuales, vistas mayormente desde sus puntos mas culminantes. La extension de ideas, el dominio de la inteligencia, y la falta de autoridad. Si intentásemos examinarlas por otros lados, si quisiésemos mirarlas bajo otros puntos de vista, descubriríamos á buen seguro otros y variados elementos, que constituyen lo que se llama el espíritu del siglo, distintos rasgos que juntos forman la fisonomía que las sociedades actuales presentan. Mas basta esta rápida ojeada por lo que á nuestro propósito cumple, y para el encadenamiento de las ideas que aqui consignamos.

Hemos contemplado la sociedad; contemplemos ahora el individuo; como que las doctrinas influyen así sobre éste como sobre aquella, tanto en

la generalidad de los hombres, como sobre los individuos en particular.

¿El espíritu humano. . . . ¿Cuál es su situación? Héla aqui, el escepticismo y el desengaño.

Antes del siglo XVIII, y especialmente antes que tronara en Wittenberg la voz de Lutero, creía en la autoridad. Vino el protestantismo y el siglo XVIII; la razon se rebeló contra la autoridad, y entonces el espíritu humano creyó en la razon. Los desengaños fueron crueles, los escarnientos duros, la prueba terrible; mas el espíritu humano creyó, tuvo fe, y su fe fue ardiente, y sus creencias fueron vivas. De ahí el martirio de la revolucion francesa: de ahí la convencion, monstruo horrendo á un tiempo y sublime: de ahí esos rasgos heroicos que nos arrebatan en medio de tanta sangre y tantos crímenes: de ahí madama Roland, y esos girondinos que marchan á la guillotina cantando con la frente serena y el corazón tranquilo; adorando á la razon que los arroja, y saludando á la libertad que los devora.

Entró por fin en su cauce aquel torrente inmenso, desbordado, furioso. Pasó el siglo XVIII, y pasó tambien la enagenacion y delirio de todo un gran pueblo. Mas desde entonces ¿qué ensayos no se han hecho, qué tentativas no se han practicado en todos los paises!

Ora se han derribado las instituciones antiguas, ora se han modificado las existentes, ora se han planteado

otras enteramente nuevas. Unas veces se ha dicho: "conservemos en cuanto posible sea lo nacional, ségamos la usanza de nuestros padres, ponámosla empero en armonía con el espíritu del siglo." "Afuera lo nacional, afuera lo antiguo se ha gritado otras veces, venga acá una civilización nueva y oropelada, la civilización deslumbrante de esos pueblos, los mas adelantados del mundo." Ya se derribó la aristocracia, yase ha querido mantenerla, ya se ha deseado levantarla sobre nuevas bases, y comunicarla distinto espíritu. En unos tiempos se ha dado un grande ímpetu a la democracia, basta, se ha exclamado en otras, echámosla un freno en su arrebatada carrera, encerrémosla dentro de estrechísimos límites." Se han rasgado por la mañana las constituciones que se habian escrito en la víspera. Se ha compuesto y descompuesto mil veces la máquina de los gobiernos: pocos resortes y sencillos, se ha dicho en unas épocas, porque así el juego será mas fácil y el movimiento mas espedito." Que sean muchos y complicados, se ha encargado en otras, que haya contrapeso de poderes, porque de esta suerte la libertad se salva, y el despotismo es imposible. Se han refundido los códigos cambiándose y tornándose á cambiar el espíritu de las mas importantes leyes: la administración ha sufrido las mas estrañas y encontradas vicisitudes; y al ver que unos tras otros han caido los mas hermosos sistemas; al ver que todavía los hombres públicos trabajan, se afanan, sudan, para que tenga su obra un poco de aplomo; al observar que despues de cincuenta años de una carrera rapidísima todavía no sabemos dónde estamos, y nos preguntamos unos á otros por la suerte de los pueblos y el porvenir de la humanidad; al recordar sobre todo que esas imágenes que tan bellas aparecieron en el rico y magnífico panorama de la filosofía del último siglo, pasaron despues por el mundo real vestidas de negro y salpicadas de sangre; el espí-

ritu se abate, se entristece, se apaga la fe de los que creian, y la incertidumbre y la duda se apoderan de la razon.

Así que, el espíritu humano se halla en un estado confuso como el del desórden, cruel como el del desengaño, amargo como el de la duda, triste y abatido como el del escepticismo. Se desasosiega sin embargo, porque no cree y tiene necesidad de creer; ya que las creencias son la luz del entendimiento, y la esperanza del corazon; y el entendimiento ha menester la luz, y el entendimiento ha esperanza. "Ahí el espíritu humano es una ave herida; revolotea, se agita, se fatiga, sin encontrar un punto donde posarse y sostenerse.

Y bien, ¿qué influencia tienen las doctrinas en la sociedad como la hemos descrito, y sobre los espíritus tales como los hemos presentado? Una respuesta daremos: las doctrinas deben de ejercer hoy una grande influencia, porque no tanto reina la fuerza como el pensamiento; no se levantan los brazos, sino las cabezas. En la edad media, en la época de la restauracion, cuando dominaban los señores y reinaban los reyes, aquellos y estos con toda la plenitud de su poder, no acentuaban así. Ahora empero tienen las doctrinas un poderoso y universal ascendente, porque falta la autoridad en las sociedades, la que no pocas veces quebrantaba el ímpetu de las ideas, obligándolas á que se presentasen con tiento y mesura, y haciéndolas pasar antes (permítasenos la frase) por ciertos canales, lo que debilitaba mucho su nervio; la lectura es universal, la inteligencia domina de lleno, hechos todos que comunican á las doctrinas un irresistible poder.

Esta verdad que se manifiesta con la sencilla observacion del carácter que tienen hoy día las sociedades, se comprueba aun mas por los consejos que dan y los esfuerzos que practican los hombres eminentes de la época. No se valen precisamente de la fuerza pa-

ra lograr la seguridad de los Estados y el mantenimiento del órden; acuden si á ella, como el postrer remedio, mas lo que principalmente encargan es la buena direccion de los espíritus, lo que procuran es la propagacion de las ideas sanas, lo que predicán en alta voz es la influencia de las doctrinas.

Pero ¿qué clase de doctrinas ejercen hoy influencia? Al llegar aquí, el alma se levanta, y una oleada de placer, y un rayo de esperanza entran en nuestro corazon. Si el dominio de las doctrinas malas va cesando al paso que se dilata y agranda el de las doctrinas buenas. Ni la filosofía deista, ni la filosofía sensualista, ni la filosofía democrática hacen muchos prosélitos y alcanzan gran popularidad. Voltaire, Rousseau, Helvetius, esos tres cometas, presagio fatidico de la gran calamidad que habia de caer sobre la tierra, terminan su carrera, palidecen y se hunden en el ocaso. Los momentos actuales son los momentos que suceden á una gran catástrofe, momentos solennnes, momentos de desengaño y de dolor, en que replegada el alma dentro de sí misma escucha la verdad, y oye los avisos de la razon. Reviven los sentimientos religiosos, puros tambien y entusiastas; nótese un instinto siempre mayor hácia el órden, nobles ejemplos reemplazan á los escandalos cometidos, se remuneran las bellas acciones, se busca la verdad, se admira la virtud, y algunos la practican. Las ideas se rectifican, las costumbres se mejoran, si bien que al primer movimiento es mas lento, y el último mas tardío, como que aquel es mas fácil, y éste mas difícil; el cristianismo, por último, que en tiempos no muy distantes parecia escudarse para evitar la mofa de los unos y la persecucion de los otros, hoy se presenta otra vez, y derrama de nuevo su luz y despliega de nuevo sus pompas; y está seguro de que si el filósofo de Ferney se levantase de la tumba y apareciese repentinamente en Francia, está seguro que no recibiría, no, ni los favores

de los príncipes, ni el homenaje de los nobles, ni el triunfo de la multitud.

He aquí la situacion de los espíritus, he aquí el estado de la sociedad, he aquí la influencia que ejercen las doctrinas, he aquí el ascendente de las buenas que va siendo mayor que el de las malas. No lo dudeis, hombres de la enseñanza y del poder, el terreno está preparado, arrojad la semilla útil, y creciedo; ella fructificará. Este es el consuelo en nuestros infortunios, esta es la esperanza de nuestra vida, estos son los tesoros del porvenir.



## IR POR LANA

Y VOLVER TRASQUILADO.

Nos hallamos en un valle agreste situado en la parte mas pintoresca de Andalucía. Un riachuelo se desliza entre los sauces y hace andar las sonoras piedras del molino: una vacada está esparcida por la pradera; los grillos y las coloradas cantan en los sembrados, y el blando susurro del agua se confunde con el del viento que mueve las hojas de los árboles. Algunos caseríos edificádos al pié de la colina, como nidos de pájaros al pié de un matorral, revelan su existencia por medio de la columna de humo que exhalan de sus chimeneas, y mas á lo lejos la aguzada pirámide del campanario se destaca admirablemente sobre el fondo azul del cielo.

Tres hombres estaban almorzando sentados al redor de una mesa en la sala baja de un cortijo de buena apariencia. Las ventanas que daban á la campiña estaban llenas de macetas de flores que perfumaban la estancia; las cortinas estaban blancas como la nieve. Las tablas del piso lustradas de puro fregadas, y todo allí presentaba un as-

perto notable de frescura y limpieza.

Los tres convidados comían con buen apetito, en especial uno de ellos que por su trage tenía toda la traza de un vicario. Joven todavía, los padecimientos y la fatiga habían marchitado su rostro, que contrastaba aun mas en aquel momento, con el de sus conmensales, robustos y modestos como los honrados campesinos. Mirábele ellos de vez en cuando con amistosa sonrisa, y parecía que se complacían en excitar mas y mas su apetito.

—¿Quieres, hermano, este alon de pavo?

—Sí, en acabando la pechuga.

—Y esta perdiz te la comerás.

—Aunque sea con su compañera.

—¿Te gustan las truchas escabechadas?

—Sería hacerles muy grande injuria si dijese lo contrario: vengan hacia acá.

Y á este tenor, aves, pescados, legumbres, todo lo despachaba sin dejar por un momento sus dientes ociosos, hasta que al cabo de una hora recostándose en su taburete, exclamó:

—Os confieso que no he almorzado tan bien como hoy en toda mi vida.

—¿Será posible! ¿Tú que has frecuentado las mejores fondas de Madrid y aun de París!

—¡Oh! sí: mas de cuatro veces almorcé en Madrid en casa de *Ganteys* y en París en el *Rocher de Cancale*, dejándome los quince y los veinte duros con la mayor frescura.

—¿Cáspita! Así no es extraño que no hayas medrado gran cosa en tus especulaciones.

—No he sido por eso, hermanos queridos, sino porque Dios me ha castigado por desear las humildes ocupaciones del campo y vuestra grata compañía, por aspirar á lo que solo pudo existir en mis doradas ilusiones. Me he quedado sin un cuarto, y no os traigo mas capital que la experiencia.

—No merecia la pena, porque á nosotros no nos falta.

—¿Qué queréis! No se tienen por

dos veces veinte años en la vida; ¡Oh! ¡si uno pudiera volver á lo pasado! A mi se me puso en la cabeza que habia de hacer fortuna, y así que hicimos partijas la herencia de nuestro padre y recibí, como sabeis, cuanto me tocó á buenas monedas de oro, partí para Madrid, donde apenas hubo llegado me enseñaron en un café un caballero que bebía ponche.

—¿Veis á ese caballero? me dijeron.

—Sí.

—¿Y qué pensais de él?

—Por ahora no pienso mas que en un señor bastante grueso y lleva gaban de color de castaña.

—¡Oh! esp es un grande hombre.

—¿Puede ser!

—Permitid que os presentemos á él. De esta presentacion resultó un periódico.

—¿Cómo! ¿Tan pronto te engolfaste en la literatura?

—Si sabeis que esa era mi comidilla! Yo que me parecia por figurar en algun rinconcillo de un periódico, no pude resistir á la tentacion de publicar uno por mí y ante mí. Nuestro periódico fué fundado en el *Café Nuevo* una noche de verano, y dos dias despues apareció en Madrid **LA TORMENTA**. Necesitábamos un título fogoso, incandescente, terrible: queríamos que penetrase la antorcha radiante de nuestras convicciones en las tinieblas de la indiferencia é iluminar con la luz de nuestros principios los insondables abismos en que la sociedad corre á precipitarse, *La Tormenta* fué á un mismo tiempo socialista, humanitaria, progresiva, y renovadora, miró los antiguos abusos y dió por el pie á el árbol secular de los privilegios. Diez hombres de estado redactaban la parte política, y dos docenas de literatos nos brindaban con sus composiciones para la literaria. Nuestro periódico fué el que inventó esas novelas en folletines, que empezando en primer día, no acaban el día de San Silvestre. Desgraciadamente no pudimos completar ni siquiera el primer tomo.

—Segun eso, se desbarató *La Tormenta*!

—Pasó como un meteoro, no sin dejar un ardiente recuerdo de su polvémica: algunas pesadillas mas en la prensa y bastantes doblones de menos en mi faltriquera.

—Y el señor grueso del gaban, preguntó otro de los hermanos!

—Estuvo á pique de salir diputado, que era lo que él deseaba; mas viendo que no podía lograrlo, comprometió el periódico con un fulminante artículo que le pudiera servir de méritos en otra ocasión, y se marchó á tomar los aires á Bruselas. Yo tuve tambien necesidad de tomar las de Villadiego, y acordándome del proverbio de que *nadie es profeta en su patria*, determiné marchar á París, y desde la Carrera de San Gerónimo me trasladé al Boulevard de los italianos.

—Dónde sin duda alguna serias bien recibido.

—¡Oh! perfectamente. A las veinticuatro horas de haber llegado, ya tenía un amigo íntimo. . . . Yo por mejor decir, un asociado. ¿No veis que tenía la cartera repleta de billetes de banco! Pero toda aquella cantidad me pareció mezquina y quise por lo menos triplicarla. Desde la literatura en que no habia hecho negocio, pasé á las especulaciones. En esta carrera no se adelanta sino á fuerza de audacia, y mi amigo, que era hombre emprendedor y amante de la novedad, hizo que interesase gran parte mis fondos en una empresa del emperado. Cabalmente entonces esta clase de empresas traía abortada á todo París, y no habia sugeto que no llevase su proyecto de emperado en el bolsillo. Y no se trataba solo de piedras, como el nombre parece que lo indica, sino que habia emperados de diversas clases de madera, de modo que en lugar de emperar las calles, propiamente hablando, las desempetraban. Nosotros nos decidimos por el emperado de hierro hueco, y al principio nuestra empresa iba grandemente, prometien-

donos el ciento por ciento de dividendos; pero desgraciadamente se inventó de allí á poco el emperado con betun, lo que determinó en nuestras acciones una baja tan considerable, que la empresa se fué á pique.

—¿Y perdiste todo el dinero?

—Casi todo, con lo que se gastó en anuncios y prospectos. Despues de este lance se nos antojó especular en las ostras, y el acopio que hicimos privó de ellas á París durante ocho dias: todo calculado por nosotros para que subiesen de precio. Cuando ya llegó á su colmo la impaciencia de los aficionados y de los dueños de las fondas y pastelerías, nos decidimos á abrir nuestros almacenes, contando con una ganancia tan enorme como segura; pero todos nuestros vivalbos habian muerto. Tuve que contentarme con un divido de cien mil conchas. Anduve algun tiempo paseándome por París; pero esta es ciudad donde es malo pasarse sin dinero en el bolsillo. No teniendo otro recurso, tomé el partido de volver á la casa paterna donde vosotros, mis queridos hermanos, habéis vivido lejos de las borrascas y de las pasiones. Me habéis recibido como al hijo pródigo, habéis festejado mi llegada con un copioso almuerzo, y me habéis hecho conocer que mientras yo iba á espigar un poco de trilla experiencia, vosotros haciais amplia cosecha de felicidad. Aquí me teneis para que disponais de mí como mejor os parezca; yo á todo me avengo, bien persuadido de que no soy mas que una personificación del proverbio: **IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.**

SIÓNNO.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR

UN AMIGO.

(CONCLUYE.)

La firma le sorprendió tanto, que sospechó que el documento era falso. Estaba fechado en Raisibona, y solo había dos días. ¿Cómo se hallaba allí la firma de Marbel, en caso de que fuese la suya?

Conrado se levantaba para ir á buscar á sus dos amigos, cuando Mr. Wallenroth con el rostro radiante de alegría:

—Y bien, mi querido Eck, le dije, ¿me engañabas? Ahora ya no quieres emprender el viaje de la India: es quedaréis, ¿no es así?

—Nada menos: ese documento es falso...

—No, en verdad: es auténtico: es lo juro por mi honor.

—¿Pues si está con la fecha de antes de ayer?

—Seguramente.

—¿Quién ha puesto la firma de mi padre?

—¿Quién? ¿quién? Mr. Marbel: ¿no conocéis su rúbrica?

—Sí que la conozco; ¡pero cuándo ha firmado!

—¿Dios mío! ¿No lo veis?... Antes de ayer.

—¿Antes de ayer?... ¿Me tenéis acaso por loco? ¿Cómo ha podido firmar aquí, hallándose en Benarés, á no ser que haya regresado?... Hablad, hablad, pues...

—No ha vuelto.

—¿Qué burla!

—No; no hay señejante engaño: jamás ha ido á la India, gritó una voz desde la habitación inmediata.

Se abrió la puerta, y entró el anciano Marbel apoyado en el brazo de Schmid, y tendió los brazos á Conrado.

—Oh hijo mío!... dijo abrazando al joven que estaba inmóvil como una estatua, no sabiendo qué pensar de lo que veía, Marbel lloraba.

—No, amigo mío, hijo mío, no he estado en la India. Ven; estréchame contra tu noble corazón. Tú eres la alegría de mi vida... ¡Alabado sea el Señor!... eres lo que debías ser...

El júbilo del anciano Marbel no era menor que el de Conrado, que permaneció largo tiempo sin poder proferir una palabra para manifestar su asombro. Tanto le habían dicho, y hablando él mismo, que pasadas algunas horas aun no concebía nada de lo que aquello significaba.

—Ven acá, hijo mío, le dijo Marbel; voy á referirte todo por su orden; sientate á mi lado. Es cierto que he sufrido toda especie de disgustos en W... No sé por qué se le antojó al príncipe conferirme un título de nobleza. Respetto esta cualidad: es necesaria una escala social, aunque la llama sirve mas que el nombre para distinguir á la oreja de la cabra. En buen hora que el funcionario público, que cifra su felicidad en la sociedad del príncipe, y que desea valerse de aquella influencia para estender el círculo de sus beneficios, deje ennoblecerse; hace muy bien en mi concepto: es una herencia útil y provechosa para sus hijos. Pero un hombre que ni tiene hijos ni influencia, que no solicita ningún empleo, que se halla contento, que tiene lo que no pueden dar los príncipes:

un corazón puro, y que hace cuanto bien le es posible: para señejante hombre un pergamino no sirve mas que de incomodidad y de sujeción. He acordado con mucha frecuencia á tomar con seriedad cosas insignificantes: herí, pues, la susceptibilidad del príncipe con mi negativa, ó mas bien la de sus cortesanos, y me acordaré de ello largo tiempo. Procuraron armarme asechanzas, me irrité, y mudé de domicilio. Entonces fué cuando te encargué me participases con regularidad cuanto te ocurriese, aun cuando no recibieras carta mía: me cuesta tanto trabajo escribir...

Me retiré á una casa de campo, y allí vivía tranquilo; pero Dios vino á visitarme y á hacerme conocer que el cielo no está en este mundo terrenal: fui atacado de una calentura pútrida, como la llaman los médicos. Viéndome en peligro de muerte, me preguntaron si tenía hecho testamento. Tenían razón; el que no se halla preparado para morir y comparecer á cualquier hora ante el Divino Juez, tiene verdaderamente el codo roto. ¿Me comprendes, Conrado?

—¿Pero yo no tengo hijos!... en cambio, no me faltan parientes lejanos que esperan con impaciencia mi muerte, y que ignoran el buen uso que debe hacerse del dinero: me engaño, porque entienden maravillosamente las reglas de su interés: son ambiciosos, vanos, tienen buena mesa, y reputan como una necesidad el privarse de un poco superfluo para darlo á los que nada tienen. Estas gentes, decía yo para mí, son bastante ricas. He educado ó hecho educar un gran número de niños; mas ¿sé yo por ventura si son lo que deben ser, y si tienen agujeros en los codos?... Para concluir pronto, lego á cada uno de ellos una suma igual, que les sirva para el portenir: tanto peor para ellos si no la invierten bien.

En cuanto caí enfermo y me vi asistido por personas mercenarias, sentí á profunda necesidad de ser amado por

mí, por mi solo: pensé en tí, y deseé volverte á ver. Quise sujetarte á pruebas y ver si tenías tambien el codo roto. Había comprado la propiedad de Allek, verdadera maldición de la miseria. No hay prueba mejor, pensé, para saber si tiene buen corazón y juicio recto: mi amigo Wallenroth fué bastante complaciente para prestarme su nombre. Mr. Schmid hizo anunciar en un diario la plaza de juez, y te lo llevó él mismo: lo demas ya lo sabes.

Mr. de Wallenroth incluyó una cláusula en favor de una pobre viuda de un sugeto á quien conocí mucho. Había sido mi amigo en la infancia: su esposa era un ángel bajo la forma humana, y si no hubiera amado á mi amigo Walter la habria propuesto nuestro enlace. Cuando estaba soltera, la amaba en silencio: lo ignoró, y apenas me conocía. Pero como ya te he dicho, amaba á Walter. Me alejé y procuré combatir una pasión, que sin mentir, me había hecho en el codo un agujero casi irreparable. Solo de cuando en cuando recibía por Mr. Wallenroth noticias del objeto de mi cariño, y al fallecimiento del buen Walter, sin dejar bienes algunos, socorri á la viuda por conducto de Mr. Wallenroth, y la colocamos en Allek.—Esa mujer es un ángel, dije á Wallenroth.—Sí, es un ángel, me contestó, su hija Pepita es un serafín.—Si es así, pensé, y Conrado es un joven excelente, mi proyecto no puede frustrarse. La señora Walter permanecía con su serafín en Allek, y te trasladamos allí.

Siempre que ibas á W... para rendir cuentas á Mr. Schmid, me dirigía yo de incógnito á Allek, y mi corazón gozaba al oír hablar de tí. En un año ¡te castaste muchas cosas: entonces resolví adoptarte por hijo y departe todos mis bienes, porque yo decía entre mí: Conrado es un excelente joven, aunque mis huellas, pero ¡me amará como á un padre! Para salir de esta duda representamos la farsa que puse á tu corazón en la angustia que por poco le hace romperse. No ten-

gas pesadumbre, me has hecho volver á encontrar en el término de mis días el paraíso que habia perdido. Escucha ahora el desenlace de la comedia. Me iré contigo á Alleck, viviremos juntos, y ya no nos separaremos. . . . si. . . . nos separaremos. . . . pero lo mas tarde posible. . . . Marbel se enjugó una lágrima. Vamos, no pensemos en eso, haremos un cielo de Alleck. . . . pero un cielo sin nubes, zehl. . . . Quiero con mis encanecidos cabellos hacer conocer á la señora Walter todo el amor que le he tenido. . . . Tú, Conrado, ¡no tendrás nada que decir á tu Pepita, á tu serafín. . . .

Pasado el gran tiempo se efectuó el matrimonio; y al salir de la iglesia subieron al carruaje.

—Hijo mio, dijo Marbel á Conrado, no permanezcamos aquí ni un cuarto de hora mas. Pasado mañana partiremos para Alleck, en donde lo arreglaremos todo para el porvenir. Tú vas á ponerte en camino para Leipsick, en donde recogerás el dinero puesto en casa del banquero R. . . . he aqui tus instrucciones. Dentro de quince días á mas tardar estarás de vuelta en Alleck, y para evitar el aburrimiento, Pepita será tu compañera de viaje.

Así se hizo en efecto: al cabo de quince dias Conrado estaba ya de regreso en Alleck con su jóven esposa. Mr. Marbel, la señora Walter, y toda la poblacion salieron á recibirlos, prorumpiendo en gritos de alegría.

—Esta historia es indudablemente muy interesante, dijo el coronel enjugándose las lágrimas que caian de sus párpados; pero despues de la novela viene la historia ¡fueron felices!

—Felices, como los santos en el cielo, exclamó Maria.

—¡Ahl zahl dijo el coronel: ahora estoy convencido de lo que ya sospechaba; Conrado seis vos, mi querido Jorge, y bajo el nombre de Pepita nos habeis retratado á Maria. He aqui que ya concluye todo mejor que en mi tierra de madera. Venamos, querido Felix, ¿qué es lo que pensais hacer?

¿por qué partido os decidis? ¿por el de si, ó por el de no!

—Por el de la afirmativa, coronel; me casaré con Luisa Blum.

—Luisa Blum, repitió el coronel sorprendido, una jóven rubia que tiene veinte años, y cuya madre es viuda de un valiente capitán que murió durante la campaña de Francia?

—¿Cómo sabeis todos esos pormenores?

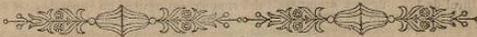
—Porque Luisa Blum es mi sobrina, hija de mi hermana, á quien venia á ver despues de un largo viage á America. Habitado á andar, preferi caminar á pié las seis leguas que me faltaban todavia hasta Munich. Ha sido un paseo que me ha salido muy mal al principio, pero cuya terminacion me parece ahora de las mas felices, pues que mi mansion aqui ha reconciliado con muchos buenos sentimientos ó dulces creencias á mi corazón despedazado por las decepciones mas crueles, y puesto que ya soy partidario del matrimonio, no por mi, que ya estoy viejo, sino por el de mi sobrina. He ganado honrosamente mi posicion, aunque poco ventajosa; si la quereis, el soldado veterano la partirá con vosotros; lo que en cambio os pide, Felix, es un sitio en vuestro hogar, un sitio como el que ha encontrado aqui.

—Ademas, tendrei si toda la ternura de un hijo, contestó Felix.

Abrazáronse, y al dia siguiente por la mañana, la madre de Luisa creyó morir de gozo, al volver á ver á un hermano, á quien creia muerto en la India. Luisa no esperiméntó emociones menos vivas, cuando su tio la presentó á Felix y la dijo:

—He aqui á tu esposa; ¿le quieres, si ó no! . . .

Ruborizada y confusa, Luisa no respondió ni sí, ni no; pero dió la mano á su tio, y alargó la otra á Felix.



# VARIEDADES.



## LA MUJER.

SENCIBILIDAD, INTELIGENCIA, CARACTER E INCLINACIONES DE LA MUJER.

MUGERES DE DISTINTOS PAISES.

La muger, lo mismo que el hombre, tiene cuarenta y dos pares de nervios, desde los ojos hasta la estremidad de los miembros, y estos cuarenta y dos nervios duplicados, por todas partes distribuidos y confundidos, le dan lugar á mil emociones. Parece que su cuerpo es un tejido de nervios, y por lo tanto es muy sensible: sus sentidos son delicados; los olores ejercen sobre ella un grande imperio; los suaves perfumes la embriagan, y los olores fétidos la martirizan. Las mugeres en general tienen el gusto muy delicado, un ruido grande las asusta, son indiferentes ó aparecen distraidas á las simples palabras; mas un canto melodioso las conmueve, un grito penetrante escita su conmiseracion, y un quejido las alige. Una voz dulce tiene encantos para ellas; la dicha de ver y de observar les parece preferible al placer de tocar ó de oír: *ver* exige menos atencion y poco discernimiento; la vista es el sentido de la pereza, aun cuando nos espone á no pocos errores. Pregúntese á una muger de talento, jóven todavia y bonita, cuál es el sentido á que da la preferencia, y responderá indudablemente que la vista, y que á este sentido sacrificaría gustosamente los demas. Sin los ojos, ¿cómo esta-

bleceria la armonía en sus facciones, cómo asemejar su rostro á otros rostros, cómo se adornaria, cómo juzgaria sobre la afecion que inspira, y cómo corresponderia á ella? La vista es el sentido del amor y de la coqueteria.

El recto sentido tiene tambien menos precio para ellas que para nosotros; demuestra menos exigencia y menos curiosidad. Es cierto que las mugeres tienen mas tendencia á agradecer que á poseer; son mas felices contemplando nuestros combates que nuestros triunfos, y como el cielo, su digna patria, han hecho de la esperanza una virtud. En lo general sienten con demasiada viveza para que puedan razonar ó reflexionar mucho tiempo, y tienen una gran dosis de sagacidad para que puedan fundar sistemas. Su perfecta esperiencia respecto á las cosas de la vida, las persuaden facilmente de la vanidad de sus teorías, y un secreto instinto las advierte que las generalidades en todas las cosas no son mas que soberbias mentiras, y esto las ha disuadido constantemente de los estudios profundos, manifestándose indiferentes á todos los descubrimientos, cualquiera que sea su objeto. Jamas han comprendido bien mas que los efectos individuales, y el estudio de las causas y las abstracciones las desconciertan ó las fastidian. La muger comprende mejor un hecho que un principio. En todas partes donde reinan mugeres, se verá constantemente un marido dócil, un amante despota ó un



inteligible. Por otra parte, la etiqueta y zalameros modales tan en boga entre algunos, á él le son insupportables, y si obligado de la situacion cede alguna vez á ellos, se le conoce es haciéndose violencia. Este ligero bosquejo del carácter de Francisco, manifiesta bien á las claras que no era el mas á propósito para hacerse lugar con el bello sexo, ni poscia los medios que para ello generalmente se emplean. Aunque su persona y fisonomía nada tienen de desagradable, aunque tomaba parte en los bailes y en los conciertos, y aunque habia jóvenes lindas y predilecciones mas ó menos marcadas entre los concurrentes, Francisco permanecía tranquilo. A las mugeres les chocaba su reserva, el que no procurase atraerse alguna confianza y que no experimentase alguna simpatía. Tal estado de cosas no fue muy duradero.

Llegó la temporada del carnaval, época en que las diversiones, aumentando de dia en dia, ponen en movimiento á los mas tibios y ofrecen pávulo abundante á los jóvenes ansiosos del bullicio. Era preciso entonces ensnechar la esfera de la tertulia, y para regularizar mas la diversion, indispensable que cada caballero diese el brazo de preferencia á una dama, á la que acompañase, obséquiasse y protegiese en las expediciones nocturnas á bailes de máscara y otras partidas de placer que la compañía proyectaba. Nuestro jóven se habia propuesto elegir á la dama que hubiese visto menos favorecida; pero no tuvo tiempo de ejecutar su pensamiento, pues fue elegido antes que los demas.

El dueño de la casa era un sugeto que por su edad y la clase de sus ocupaciones, gustaba mas de ver divertirse á los otros, que de tomar una parte activa en la diversion; pero su esposa, que á sus virtudes domésticas reunia los talentos que embellecen una sociedad, y que despues de algunos años de matrimonio no habia perdido la lozania de su juventud, no era justo que se privase de la diversion, y ni su espo-

so, ni sus amigos querian careciese la compañía de su principal ornamento. Aquella muger supo penetrar los sentimientos de Francisco, los halló sin duda conformes á los suyos y le eligió por su caballero, quedando el agradecido, y orgulloso hasta cierto punto por verse preferido á los demas. Desde entonces tuvo con aquella muger una simpatía inexplicable, hija sin duda de la compasion, y cual si un secreto presentimiento le anunciase que debia ser desgraciada. La nueva intimidad en que se hallaban le obligó á fijar mas en ella su atencion y á descubrir tan seductores como ignorados atractivos. Hasta entonces habia visto en ella una muger sencilla, agradable, de modales distinguidos y nada mas; pero ya en aquel momento descubrió que su cabello castaño estaba graciosamente dispuesto sobre su cabeza, que sus dulces ojos brillaban cubiertos de largas pestañas, y que un baño de profunda melancolía velaba su hermoso semblante. Su boca parecia algo grande, pero la sonrisa la hacia encantadora. Ademas era imposible no animarse con sus miradas cariñosas y con las inflexiones enérgicas y pías de su voz. Todas estas seductoras cualidades en que Francisco hasta entonces no habia parado la atencion, no tardaron en producir en él una sensacion inesperada. Ya hallaba un secreto placer en acompañarla, ya le enagenaba el momento en que la sentia palpitir con el agitado compás del baile, ya por último solo hallaba placer en estar á su lado, y en este caso, sus miradas, sus palabras, sus menores acciones se referian al deseo de no disgustarla.

Al principio no se le daba cuidado de esta simpatía, persuadido de que no habia de tener otros resultados; pero al notar que ella era su único pensamiento, y que de ella se ocupaba directa ó indirectamente desde la mañana hasta la noche, trató de analizar qué clase de impresion era la que en él habia producido aquella muger. Enten-

ces se alarmó, pues aunque al parecer lo que él sentia era un movimiento de ternura y agradecimiento, su delicadeza le representaba que la menor demostracion improvisada por su parte, en él seria un crimen y en ella una ocasion de faltar á sus deberes. Se temia mucho á si mismo y conoció era tiempo de sofocar aquella aficion, antes que tuviese funestos resultados.

Consiguiente á este plan, se propuso disimular todo lo posible y aun evitar el trato de aquella muger; pero cuando estaba á su lado se turbaba al encontrar sus miradas furtivas; su mano temblaba al asir otra mano tímida, y no podia disimular la continua emocion que experimentaba. ¿Habia ella conocido lo que pasaba en el interior del jóven? Por poco que una muger haya sondeado el corazon humano, conoce las sensaciones que sabe producir, las que por otra parte son difíciles de disimular. Ya cuando estaban juntos habia instantes de silencio en que no podian sostener la conversacion tan animada como otras veces, en que la fisonomía del jóven tomaba una expresion melancólica, y en que su amable compañera le contemplaba luchando con una turbacion interior y agitado por un pensamiento que deseaba acallar. Entonces, ni se atrevia á distraerlo, ni se indignaba un poco contra él; al contrario, gustaba de hallarse á su lado, pues conocia su delicadeza y que era incapaz de faltarle al respeto en lo mas mínimo, lo que no podia menos de aumentar en ella el interes reunido á la compasion.

Así pasaron algunos dias en los cuales Francisco solo buscaba la soledad; pero todos cuantos medios imaginaba para desahogar su pecho le convencieron de su ineficacia y del incremento de su pasion. Si buscaba alivio en la música, sus dedos involuntariamente hacian resonar el aire favorito de su querida, y repetir aquellos compases llenos de recuerdos. En fin, su imágen le seguia á todas partes, en el estudio, en el templo, y era la fantasma

de sus noches de desvelo. No confiando entonces en si mismo, si una ocasion favorable llegaba á presentarse, formó decididamente la intencion de separarse de aquella muger, y una circunstancia aceleró esta separacion mas pronto de lo que habia creído.

Un dia en que mas preocupado que nunca se habia escabullido del salon de baile y del bullicio, fué á sentarse en un sofá en sitio retirado, y allí, creyendo que su ausencia no seria notada, se entregó á sus melancólicas reflexiones. Habia dejado caer la cabeza sobre sus manos; mas al levantarla de improviso, vió al objeto de sus desvelos á cierta distancia delante de si. Entonces una palidez mortal cubrió su rostro, y persuadido de que sus expresiones y ademán le hubian descubierto, quiso huir; pero ella asistióle de una mano le hizo sentar á su lado en el mismo sofá, y le dirigió estas palabras:

—¿Os sentis malo? Estais descolorido, para lo que acostumbraban vuestras mejillas.

Tranquilizóla él, esforzándose á ejercer un grande imperio sobre si mismo, y manifestando que no sentia novedad alguna á pesar de que el tono de su voz le hacia palpar hasta el fondo de sus entrañas. Ella prosiguió:

—Tened cuidado de vos mismo, y no os dejéis devorar por secretas penas. Cualesquiera que sean vuestros males, confiádselos á vuestra buena amiga. . . . tal vez ella hallé medio de remediarlos.

Estas cariñosas palabras produjeron un efecto extraordinario en el ansioso jóven. El sin duda las dió otro sentido del que realmente contenian, y sin ser dueño de contener su emocion, atrae hácia sí aquella muger adorada, estampa en su mano un beso ardiente, y ya va á revelar el volcan que arde en su pecho, cuando de improviso se detiene como asaltado de ideas funestas, ó como si un porrenir horroroso se presentase á su imaginacion.

De repente, y como si tuviese una inspiración feliz, suelta la mano de aquella mujer adorable. —"¡Adios, la dice, perdonad y desaparece prontamente de su vista."

Ella, enteramente pasiva, no acabó de comprender esta escena hasta el otro día en que recibió la carta siguiente:

"Lo sucedido ayer entre nosotros, y la resolución que he tomado, me precipitan á hacer una declaración que creí permanecería siempre ignorada; pero que tengo motivos para creer que ya no os sorprenderá. Yo os debo mucho, mi querida señora, yo no he podido permanecer insensible á vuestras lágrimas: en nuestro irresistibile atractivo, y compadecedme mas bien. Los momentos que he pasado en vuestra compañía, esos instantes de felicidad, tan nuevos y tan deliciosos para mí, es forzoso que los aleje de mi memoria. Ya no es posible vivir con seguridad á vuestro lado. Yo no agravo á vuestra virtud; pero tiemblo por mí mismo, y solo un remedio hallo. . . la ausencia! AUSENCIA! CAUSA! OLVIDO! olvido, sí, de una pasión devoradora que me hará víctima; pero que no ha de ser mas fuerte que mi voluntad y mi razón; pero no tan cruel olvido, que me impida mereceros un inocente y compasivo recuerdo."

### BOSQUEJO

SOBRE LA POESÍA INGLESA.

La poesía tuvo gran parte en la educación de esta ilustre nación, se puede decir que ella fué su Mentor al través de los siglos, y en medio de sus vicisitudes, confirmando mas el sabio dicho, "que los pueblos poéticos son los mas nobles, y los mas nobles se vuelven poéticos."

Los bardos antiguamente con sus canciones sientaban al combate y cantaban la muerte del valiente. Despues los trovadores con sus romances refieren los orígenes, y las caballerescas

empresas de sus antepasados. Garer y Chaucow cantaron los amores, las usanzas, y los deberes del buen caballero. Spenser bajo el velo de las alegorías, enseñó la fidelidad en amor, el valor y la gentileza en la guerra. Shakespearo esponia la historia nacional y las de las pasiones sobre la escena. Milton cantaba acerca de las regiones del caos, del infierno, del cielo y del paraíso terrenal. Thompson describía después las bellezas y la variedad del mundo visible en nuestros dias, errante por llanos y montes versificaba las impresiones religiosas que absorbía en medio del espectáculo de la naturaleza. Aken-side, Campbell y Rogers indicaron los placeres de la imaginacion, de la esperanza y de la memoria. Moore entonaba himnos á la libertad, y cantaba los amores de los ángeles. Byron describía las costumbres de las naciones modernas, los esplendidos delitos y la atormentada conciencia del hombre fuerte y rico. Walter Scott pintaba los delitos y las virtudes de las guerras de la edad de hierro.

Esta poesía no fué muda sino en el furor de los guerreros civiles, casi estupefacta de horror, y aunque fué siempre protegida por el rey ó por los magnates; sin embargo, no profano su misterio sino bajo la victoriosa tiranía de Cárlos II con viles prostraciones; luego obscuro.

Yace bien pronto se rindió de la tiranía que las habia descarriado espantando un instante de debilidad con un siglo de himnos perennes á la libertad y á la virtud, tanto, que embobliendo y exaltando los ánimos á la par, que la religion, la poesía en esta region fué mas fiel que la misma religion á la celeste mision de dulcificar los malos, é incitar á la mansedumbre y magnanimidad. Por esto es que cualquier pueblo que necesite alcanzar fuerza y grandeza de ánimo, puede beber en este manantial, que ciertamente se sentirá latir el corazón mas fuerte, por la patria y la libertad.

Esta heroica nación tiene muy bien conocidos los beneficios que recibió de la poesía. En vez de despreciarla á semejanza de otros pueblos, ella la honra, y por todas partes la festeja como á una divinidad tutelar. El rey la corona, los grandes le abren sus salones, el pueblo la aclama. Ella es intérprete entre el hombre, y el cielo en las iglesias; ella está en las bocas de los oradores en el Parlamento, que sin mancha de fastidio ó de pedantería adornan con versos sus discursos; ella anima el encanto en los teatros sin gemir bajo el yugo de la música; ella está en todos los banquetes; ella es invocada en las elecciones, en el laborioso comercio; ella es compañera del artesano, y se encuentra en todas partes. Esta poesía nació entre un pueblo amante en todas las edades de la caeceria, de la cabalgata, del remar y de la pesca, en fin, de todos los ejercicios gimnásticos, y acostumbrado á vivir en costumbres elegantes, pero sencillas. Por consiguiente, un pueblo que esté habituado á estas usanzas, siente mas que nosotros las bellezas de la naturaleza, se aficiona á describir, y hace tambien sobrepujar el paisaje sobre el hombre en sus cuadros positivos. De aquí Deilham, Thompson, Cowper, Beattie, Burns, Goldsmith, y una multitud de otros menores poetas, que no se cansan jamas de pintar la inagotable variedad de la naturaleza. Esta es la parte en que los ingleses aventajan á los antiguos y á los modernos. Esta pasión resplandece tambien en la pintura, en cuyo ramo, el solo en que se distinguen es el paisaje. Sus poetas tienen el mérito de hacerlos advertir tantas sensaciones suaves, que se nos escaparian sin su guía. ¿Quién hubiera descubierto las bellezas de una mañana de invierno, tan bien descrita por Cowper, sin familiarizarse con la vida campesitel? ¿Quién sin esta práctica y este amor hubiera podido describir la aldea deshabitada de Goldsmith?... No hay casi un ángulo en la Gran Breta-

ña que no esté ilustrado con versos, mientras muy pocos de nuestros grandes poetas han caudado las bellezas de nuestras campañas.

Nación mercantil y guerrera, acostumbrada á los viajes, á las guerras, á los accidentes de la mar, á los debates públicos y á los tumultos políticos, está predispuenta á lo gigantesco, á lo estravagante, á lo vario y á lo nuevo.

Viviente bajo un cielo inconstante y nebuloso, está mas inclinada á la grandedad, á la meditacion y á la soledad. Pone en la vida doméstica y en el hogar el simbolo de los placeres. Estar solo no es una pena para un inglés que posee el gran secreto de saber vivir con consigo mismo. La melancolía es parca todos la invocan, todos la honran con el epíteto de divina. Por esto sentenció muy bien madama Stael que "la libertad y la virtud, estos dos grandes productos de la razon, necesitan de la meditacion que naturalmente guía á objetos graves." De alli Young, Harvey, Gray, Macpherson y aquel hino oscuro que reina en todas las composiciones inglesas. Parece que la poesía refresca el cielo bajo el cual vive; en el Mediodía es azulada y risueña, y en el Norte triste y procelosa.

Su poesía didáctica no se refiere al cultivo de las campañas, de las viñas, de los olivares, de los naranjos, ni á la pesca del coral ó de las perlas, sino acerca de los deberes del ciudadano y sobre los destinos del hombre. . . .

Esta nación siempre ansiosa por el progreso de la civilizacion acerca de los gobiernos libres, si no puede corregir la desigualdad inevitable y necesaria de los bienes entre las clases de la sociedad, procura por lo menos aliviarla con la instruccion, y difundir cuanto le es dable los placeres del espíritu. El leer y escribir se ha hecho comun entre este pueblo. Los artesanos tienen en todas las provincias un instituto, tienen para ellos bibliotecas. De aquí creció una literatura adecuada á la inteligencia de las diversas clases de

la sociedad. Ca la edad, cada clase y cada sexo, tienen autores para su capacidad, tienen sus propios poetas. Entrando en la casa de un arrendador, ó en el cuarto de un capitán de marina, se encuentra una pequeña librería adecuada á sus ideas y á sus costumbres. Igualmente esta nación se ha servido de la poesía como los antiguos lo hicieron de la música para adiestrar los principios de las personas estodiosas. Así se encuentra acerca de ella tantos romances, tantas poesías en lengua escocesa, tantas poesías sagradas cuantas son las sectas religiosas, tantos poetas inferiores como Parnell, Moore, Sittleton, M. Mrs. Barbaud, Hermaus... y también de los poetas de los mas infimos del pueblo como Taylor, renombrado el agudador por su oficio, el zapatero autor del poema "El Arrendador," y de muchísimos otros que el extranjero se asombraría admirar, ni tampoco sabe entender la necesidad de tantos poetas medianos.

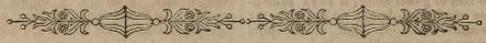
Para muchos pueblos la poesía es un objeto privilegiado de lujo, es un nectar reservado solamente para las personas opulentas. En Inglaterra al contrario, es semejante al Tajo, que después de haber regado los reales jardines de Aranjuez, distribuye aquí y allá también arroyos á las habitaciones rústicas.

Verdad es que este nectar del pueblo es un licor amorado, es una poesía para algunos demasiado humilde y ligera, sin aquel éter, ni aquella sublimidad que constituye la verdadera esencia. Pero ella no por eso deja de apasionar los entendimientos sencillos tanto como la poesía sublime. No todas las personas del bello sexo sienten como madama Dacier el mismo interés por la Iliada. El magistoso y sublime Milton no es accesible para todos los jóvenes. ¿Cómo los artesanos podrán comoverse con el destino de Ifigenia ó con las quejas de Fedra?... Aquel cuyos utensilios son de oro, ó de plata para los ricos, son hechos de cobre ó de hierro para las clases inferiores, es-

la nación tiene una poesía de un metal mas bajo para la juventud, y las clases inferiores.

Descendiente de la austera y belicosa poesía céltica y escandinava, criada bajo un clima rígido que apaga las pasiones, y entre costumbres severas, que son el Palas de los gobiernos libres, la poesía inglesa ofrece metamorfosis de amor, aunque diversas de aquellas á que estamos acostumbrados en la nuestra. La poesía inglesa con pocas excepciones es una casta matrona, es una Minerva toda cercada de la clámide. Sus heroínas son una infeliz y fiel esposa cual Desdémona, una inseparable y piadosa hija como Cerdilia, una Eva angelical y pura de Milton, una Sastina esposa ejemplar de Thompson, la immaculada tana de Spenser, y en prosa una prudente y afectuosa Camela, una seducida y arrepentida Clarisa, y los modestos amantes de Walter Scott. La lengua ejercita un sumo dominio sobre la poesía. La versificación inglesa no es tan sonora, ni tan armoniosa, ni tan flexible, y ni tan rica de tonos como la nuestra. Pero la lengua inglesa está tan distante de la poesía, al mismo tiempo que la nuestra de la prosa, y es tal vez otro tanto mas atrevida en las metáforas, sino que es mucho menos abundante de rimas que la nuestra. Por consiguiente no se presta tan fácilmente como la nuestra á todos los metros. La tercerilla, la octava, el soneto, mientras pasan casi desapercibidos bajo la pluma del castellano, hacen fruncir la frente al poeta inglés; el verso suelto ó la rima simplemente rimada, es el metro mas usado en los poemas largos con pocas excepciones. Pero la lengua inglesa á estas desventajas pueden contraponer algunos compensos.

Sus fuertes consonantes le participan velocidad, sus monosílabos le dan admirable fuerza, y el uso de unir las palabras mas frecuentes en la poesía inglesa que en la nuestra, le comunican una mayor acumulación de pensamientos.



## VARIETADES.

CAUSA

CONTRA JUANA DE ARCO.

DONCELLA DE ORLEANS. (1)

Próxima á su ruina la Francia durante el reinado de Carlos VII. cupo á dos mugeres la gloria de salvarla. Fué una, Juana de Arco, por sobrenombre la Doncella de Orleans, á causa de haber hecho levantar á los ingleses el sitio de Orleans, y haber reconocido su virginidad sus enemigos. Fueron sus hechos prodigiosos, su valor sobrenatural. La historia la ha hecho justicia. Su juicio, y la muerte airerosa que sufrió inocente, bien merecen reseñarse.

Juana de Arco nació en Dom-Remy el año 1412, de padres labradores, y de modesta fortuna. Fué virtuosa su juventud. Familiarizada con las faenas del campo, en que ayudaba á los suyos, grande fué su robustez. No carecía de belleza, y su semblante tenía una mezcla de gracia y de ferocidad natural. Su aire noble, su tez viva, y su frente magistosa y dulce, pre-

venían en su favor. En vano la pretendió un amante.

Invalida la Francia por los ingleses, estériles fueron los valerosos esfuerzos de Carlos y de sus ilustres guerreros.

Fuertemente impresionada la imaginación ardiente de Juana, y exaltada la piedad á vista de los males de su patria, concibió la heroica resolución de atajarlos, creyéndose destinada por el cielo á libertarla. Presentóse al gobernador, y le dijo: "Bien sabeis el triste estado de la Francia: Dios ha oído sus lamentos, y se prepara á castigarlos; por lo mismo que es tan desesperada nuestra situación, mayor será el milagro, y mas digno de la Divina Providencia que quiero servirme de mí para arrojar de nuestro suelo á los ingleses: los mas viles instrumentos son, por lo general, los que escoge para la ejecución de sus designios."

Asombrado el gobernador de un lenguaje tan extraño en una rústica aldeana y del tono firme y lleno de dignidad con que á los 17 años pronunció estas palabras, entró con ella en materia, y quedó prendado de su inteligencia. No creyendo, sin embargo, en su inspiración, la despidió cortemente. Sin éxito su propósito, acudió Juana á un caballero de opinión, que en su larga experiencia descubrió al través de las visiones de que le dió conocimiento, el temple de su alma, que le pareció conveniente aprovechar tratándose del servicio de Dios y del rey. Conferenció al se-  
43

(1) El interés que tiene para la historia esta muger célebre, nos ha movido á desctructar su vida y su causa.

to con el gobernador, a cuya presencia condujo á Juana. "Tal vez me tengais, dijo á este, por una loquilla imprudente; pues bien, sabed que nuestras tropas han sido deshechas en una salida que han hecho de Orleans, y sabed, ya que dudais de que Dios me instruyó de estos sucesos, y de que me anuncia otros, que seremos vengados por faustos acontecimientos. Dios hará cumplir su voluntad sin necesidad de vos; mas si vos os resistis á presentarme al rey, yo me presentaré, y él os castigará." Con tanta energía le habló, que intimidado, la ofreció presentarla á la corte. Cierta fué, como se supo despues, la derrota de los franceses por el duque de Beaufort. Su causa estaba en Orleans. Allí se habian reconcentrado ambos ejércitos, decididos á vencer ó morir allí. El combate era continuo, y continuos los rasgos de valor por cada parte, y el sacrificio de victimas ilustres. Empeorada visiblemente la situacion de los sitiados con la pérdida de que Juana se manifestó enterada, instruyése al rey de la predicacion de esta jóven, y mandó la llevasen á su presencia. Llena de alegría, viendo abierto el camino que la conducia á la gloria que su genio la ponía delante, púose en camino, vestida de amazona, y acompañada del gobernador.

No pudo llegar en mejor ocasion. La inclinacion que se tenia á lo maravilloso, y la confianza que inspira en la desgracia cualquier recurso cuando todos faltan, hizo que la corte mirase á Juana como enviada del cielo.

La fe en la Providencia que la religion inspira, favoreció sus planes, adoptados luego sin contradiccion. Se desecha demasiado el bien para no creerle, y no era posible dejar de abrazarle cuando no se presentaba medio de salvacion.

Cuéntase que, vestido expreso el rey humildemente, y confundido entre muchos señores mejor vestidos, se dirigió á él, y saludándole respetuosa, le dijo: "Buen rey, es á vos á quien

deseo hablar," y serena, y digna, le aseguró que Dios la enviaba para arrojarse á Orleans á los ingleses, y conducir á S. M. á Reims para ser coronado, pidiéndole armas y soldados con que llevar á cabo esta empresa.

Su juventud y juicio, su gracia y su modestia, y la seguridad con que se esplicó acerca del éxito de su propuesta, interesaron á Carlos, quien la sometió, sin embargo, al exámen de su confesor, de los doctores, y de algunos miembros del parlamento. A pesar de las tretas de que se valieron, desconcertóles la canchalesca sencillez de Juana, y opinaron que podría ser muy bien el instrumento de que se valiese Dios para salvar la Francia. Y para alejar toda sospecha de impureza, fué sometida al reconocimiento de matronas, cuya prueba la costó tantas lágrimas y confusion, como la dió honra, adquiriendo el renombre de *La Doncella*, que le conserva la historia. Decidió el rey por el dicho de una religiosa de Arlon en olor de santidad, la contó las cortas fuerzas que aun pudo reunir, y á cuyo frente se puso, armada de casco con penacho blanco y coraza, y montada en un caballo del mismo color, que manejaba con destreza por no serla extraño este ejercicio. Aun entre los guerreros mas viejos subyugó é impuso la ferocidad de su mirada mezclada con la dulzura natural. Fué la primera diligencia de la Doncella ahuyentar de su pequeño ejército las mugeres de mala vida que le seguian.

Llegada á Orleans, desplegó su religion estandarte, y envió un heraldo á los ingleses requiriéndoles en estos términos: "Rey de Inglaterra, rendidos al rey del cielo, y entregadme las llaves de todas las ciudades que habeis usurpado. Enviada de Dios para recobrar todo lo que habeis invadido, os aconsejo os retireis antes que la Doncella os obligue. Y vosotros, lugar-tenientes del duque de Beaufort, titulado regente de Francia por el rey de Inglaterra, si no amis

á los ingleses que acaudillais, esperimentareis mi valor animado por la ira del cielo, y os serán caras las hazafas de los franceses superiores á todas las conocidas. Escrito el martes de la gran semana del año 1428.

Juana de Arco."

Despreciaron los ingleses este requerimiento, y prisionaron al heraldo.

El conde de Dunois, que mandaba en Orleans, salió á recibirla y á proteger su entrada. Alborozado el pueblo, tapizó las calles, y mil y mil luminarias hicieron desaparecer la oscuridad que comenzaba. No había descansado de su viaje, cuando á favor de una falsa alarma fué á Blois y entró en Orleans un convoy sin perder un hombre. Al amanecer del segundo dia, atacó el fuerte de Saint-Loup, y se apoderó de él, matando 600 enemigos. Aterrados, abandonaron la primer línea por hacerse mas fuertes en la segunda, y la Doncella fué á ellos con resolución. Desalentados los generales que la acompañaban por la porfida resistencia de los ingleses, y entrada ya la noche, iban á retirarse despues de catorce horas de pelear sin tregua, cuando la Doncella les replica se detengan un poco mas, y levantando al cielo las manos como otro Moisés, vuelve despues de una ferviente plegaria al asalto del fuerte de San Agustín, con tal coraje, que le toma, y un gran número de prisioneros, rescatado é su heraldo.

La misma suerte corrió el fuerte de Tourneilles, debilitado por varios ataques. Sin confianza ya los ingleses en la defensiva, presentaron todas sus tropas en batalla, y la Doncella, no menos prudente que brava, no quiso aceptar el combate, segura de que levantarían el sitio. Así sucedió, con la particularidad de que el sol inmediato, el 8 de Mayo de 1428, se vió libre la ciudad.

(Continuará.)

## DISCURSO PRONUNCIADO

POR DON

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

MIEMBRO RESIDENTE DEL INSTITUTO HISTÓRICO DE FRANCIA, EN LA DECIMA SESION DEL OCTAVO CONGRESO, SOBRE LA CUESTION SIGUIENTE:

¿Cuál es la influencia del espíritu del siglo actual en la literatura?

SEÑORES:

Me encuentro siempre con la misma dificultad para expresarme en un idioma que no me es familiar. Desde la última vez que tuve el honor de dirigiros la palabra, no ha transcurrido un espacio bastante grande para que haya podido hacer muchos progresos; pero tambien ha sido demasiado corto para que vosotros háyais olvidado la indulgencia que me dispensásteis.

Si, como tantas veces se ha repetido, la literatura es solo la *expresion de la sociedad*, ¿cómo puede dejar de sentir la influencia del espíritu del siglo? Influyendo tan poderosamente en las instituciones, en las leyes, en las costumbres; revolviendo, por decirlo así, la sociedad hasta su fondo, se habia de tener en la superficie! El espíritu del siglo puede compararse á la atmósfera, que ejerce una influencia muy grande en muchos fenómenos de la naturaleza, al paso que en parte alguna se siente su peso.

Pero, se dirá, hay siglos que no tienen carácter pronunciado, cierto: como hay tambien personas que carecen de fisonomía. Pero cuando un siglo se parece demasiado al que le siguió, esto prueba únicamente que las naciones permanecen alguna vez estacionarias, hasta que un evento extraordinario

rio ha cambiado su situación, dándolas un nuevo impulso. Este se hace sentir entonces por do quiera. Así sucedió en tiempo de las *Cruzadas*, así sucedió más adelante, cuando la época del *renacimiento*.

Véase la literatura en los siglos XV y XVI; es eminentemente *clásica*. Acaban de desenterrarse los monumentos antiguos; se han encontrado las obras maestras de Grecia y de Roma; hay admiración, hay éxtasis. . . . Nosotros, menos entusiastas, paramos sin embargo nuestra atención, con una especie de respeto religioso, en una pobre lámpara, ó en un pequeño vaso de barro cocido, que se acaba de descubrir en Pompeya. . . . ¡Han pasado por tantos siglos!

¿Cuál no debió ser, pues, la admiración que causaron tantos tesoros del arte, tantos libros preciosos, encontrados á la vez y como por milagro? Se les dedicó una especie de culto; hubo el mas vivo interés en reproducirlos, en imitarlos. La literatura, pues, debió ser enteramente *clásica*; y la Italia, que era la primera en seguir las huellas de los antiguos, debía llevar la bandera.

España, Francia, las demas naciones de Europa, se aproximan mas ó menos en aquella época, al gusto de Italia; adviértense éste en la poesía, en la prosa, en los generos mas distintos. . . . Si se escribe la *historia*, se procura imitar á Tito Livio en su elegante adorno, ó la sencillez varonil de Salustio, ó la profundidad un poco áspera de Tácito; pero siempre se imita. . . . Solo las *crónicas* y los *anales*, que no podían fundirse como la *historia* en los moldes de los antiguos, conservan el tipo original de cada pais. ¡Por esto son tan verdaderas, tan sencillas!

Si escribían en *Poema épico*, tomaban por modelo á Homero, ó á Virgilio. Si querían cantar los campos, no iban á recorrerlos para copiar sus bellezas segun la naturaleza, preferían encerrarse en el gabinete, para con-

vertirse allí en débil eco de las *Egipcias* ó de las *Geórgicas*.

En el teatro, sobre todo, produjo desagradables consecuencias la imitación de los antiguos, llevada al exceso; el drama por ser demasiado *clásico* jamás podia llegar á ser *popular*; era una especie de *anacronismo*.

Véanse los esfuerzos de los italianos para salir bien en aquella carrera; casi ninguno de ellos tuvo buen éxito. Sus obras dramáticas, mas celebradas entonces, han quedado en las bibliotecas, y no sobre la escena; es decir, que no habian nacido vividoras. Para que el drama marchase, preciso era quitarle sus trabas; debía corresponder con las pasiones, los sentimientos, las costumbres del público, puesto que no se dirigia ni á los griegos ni á los romanos, sino á los franceses, á los italianos, á los españoles.

Si no estoy engañado, Lope de Vega fué el que mayor influencia tuvo en la creación del teatro moderno; y fué precisamente porque vistió la comedia con el traje del pais. El teatro de Lope lleva ya el *sello de su siglo*.

Hacia la misma época, apareció en Inglaterra otro genio, que siguió la misma marcha, aunque por diferentes caminos, y ambos consiguieron su objeto. El uno creó el teatro de España, y el otro el de Inglaterra, porque cada cual de ellos supo ser el poeta de su tiempo y de su nación. Lope de Vega tuvo la ventaja de formar escuela, y de tener un gran numero de directores sucesores. Shakespeare quedó sin heredero y sin rival. Apareció solo, aislado, mas grande todavia, como un monumento magnífico en medio de un desierto.

Las circunstancias en que se encontró España con respecto á la Europa, en una época de grandeza y poder que harlo caro le costaron, contribuyeron sin duda á que el teatro español tuviera mucha influencia sobre el de las otras naciones, aun las mas adelantadas. A él debéis, señores (Voltaire es quien lo ha dicho), la *primera tra-*

gedia buena y la primera comedia de costumbres. No he temido apelar á este testimonio tan honroso para mi patria; no puede ofenderse á una nación que posee á Corneille y Moliere.

Debe pararse tambien la atención en que la comedia del teatro español, á que hace alusion Voltaire, era enteramente *castellana*; el héroe, el asunto, el sesgo. Nada se podia tomar prestado de los antiguos, cuando se trataba de los amores y hazañas del *Cid*. En la comedia de Alarcon, la *verdad sospechosa*, que dió á Corneille el asunto de algunas hermosas escenas del *Menteur*, nada hay, como en el *Cid*, que recuerde el teatro de los antiguos: hasta el mismo vicio, que por decirlo así, se saca á la vergüenza ante un público burlesco y maligno, parece ser un vicio moderno. ¡Tal vez los *embusteros* eran en número mas reducido cuando se erigian altares á la *verdad!* Despues de la Italia y de la España, llegó su vez á la Francia; y no puede quejarse, su imperio fué largo y hermoso.

En el siglo XVII el cetro pertenecía de derecho á la Francia; era el *siglo filosófico*, y la *literatura* lo fué tambien.

La filosofía domina por todas partes; penetra en los gobiernos, en los códigos, en los palacios de los monarcas, lo mismo que en el retiro de los sabios y de los literatos; reina cual absoluta soberana.

Se ha hecho un cargo á Luis XIV de haber dicho con orgullo: *El Estado soy yo*. Creo, al contrario, que era demasiado modesto limitándose á la Francia; nosotros hemos llevado mas allá el elogio, la lisonja, si se quiere, hacia aquel monarca; llamamos á su siglo el *siglo de Luis XIV*. Parece que al que le siguió inmediatamente podría llamarse *el siglo de Voltaire*; lo que prueba, con el brillo mismo de su apostol, cuán grande y poderosa era la influencia de la filosofía.

Si en medio de su triunfo se muestra un poco exigente, hasta capricho-

sa, la culpa no es suya; era joven y hermosa, y se la hacia demasiado la corte. Estiende por do quiera su imperio, no sufre que nadie le divida con ella, no tolera contradicción, quiere que hasta los hechos obedezcan á su voluntad; los estiende, los recoge, los hace entrar, de buena ó mala gana, en su lecho de Prociusto. Con riesgo de falsificar la *historia*, solo la ve, por decirlo así, á través de un vidrio de color.

La *novela* misma es invadida por el espíritu filosófico; no le bastaban los cien volúmenes de la *Enciclopedia*. Levanta la voz con un tono un poco magistral, hasta en los tocadores de las mugeres hermosas, y en las cabanías de las pastoras. Ni la *Egloga*, ni el *Idilio* consiguen librarse del todo del contagio universal.

Menos aún el teatro. El teatro, llamado con tanta frecuencia *la escuela de las costumbres*, cómo habia de librarse de la férula de los que se creían destinados á ser los reformadores y los dueños del género humano? En mi concepto, esa invasion de la filosofía en la escena, fué la que causó un gran perjuicio al teatro; las musas se aflicieron por ello. ¡Por qué no dejarlas al menos aquel asilo: en Grecia tenían su templo, y ellas dejaban á los filósofos el pórtico y el Liceo!

Puede observarse entre el número de las extravagancias del siglo XVIII, digno bajo tantos aspectos de estudio y de interés, que al paso que se demohía todo para reedificar de nuevo la sociedad; al paso que nada se respetaba, principiando por las creencias, se tenia una veneración supersticiosa á los preceptos de Aristóteles ó de Horacio; en aquella época, solo el *código de Bonaparte* podia llamarse *sagrado*.

Pero bien se distingue el espíritu filosófico con la máscara de *Mabomet* ó de *Bruto*, bien se presente en la escena leroso y línguido, en los dramas de Diderot y de sus discípulos; bien aparezca vivo y bullicioso bajo el traje de Figaro, con la guitarra en la ma-

no, para ceñir mejor sus dardos acerrados, siempre hay la misma tendencia á apoderarse también del teatro. Quiere colocar allí un nuevo ariete contra la sociedad antigua, que cruge ya y se desploma.

Una revolución nos separa de aquellos tiempos. Tal vez es debido á este suceso, de una extensión inmensa, el que el siglo actual, bajo muchos aspectos, se parezca poco al que lo ha precedido inmediatamente.

El siglo XVIII tenía, si me es lícito expresarme así, todos los caracteres de la adolescencia: era inesperto, confiado, amigo de aventuras; gustaba de las teorías, de los sistemas, y se dejaba mecer por ilusiones y esperanzas. Nuestro siglo muestra mas bien las cualidades de la edad madura; es frío, calculador, hace poco caso de las teorías, y no tiene gran pasión por los sistemas. Ha perdido tanto la ilusión de todo, que se ha apresurado á tomar el nombre de *positivo*, para que no se le llame egoísta.

El siglo XVIII profesaba principios fijos, se expresaba por medio de aforismos, pronunciaba oráculos. El siglo actual se ha hecho mas modesto, á fuerza de equivocaciones; examina, duda y procede por ensayos. No tiene completa fe, ni en la verdad, ni en el error.

El siglo XVIII hacia ostentacion de impiedad, y miraba con desdén la sonrisa la religion de nuestros padres, como una preocupacion antigua. Nuestro siglo profundiza mas la ciencia, y se hace cada dia mas religioso. Proviene esto tambien del cansancio; la duda le atormenta, y ama sobre todo el bienestar. (Continuará.)

### JENNY LIND,

CARGA ANGLÓ-AMERICANA.

Impresor, trazad una línea gorda de separacion, y levantad una montaña

de tinta inglesa entre el artículo anterior y la cantora Jenny Lind; pues las cien trompetas de la fama, multiplicadas por los ecos del Océano, nos obligan á hablar de este *Ruiseñor* sueco, celebrado por todos los patos americanos. No es culpa nuestra el que en la vida anden mezclados los dramas y comedias, ni los augustos dolores y las cargas. Carga es la palabra; la aceptamos. ¡Carga en seis tiempos! Leed antes este curioso capítulo de nuestras costumbres en general, y de las costumbres yanqueas en particular, traduccion libre y templada de varios centenares de columnas de gacetas gigantescas de la Union.

PRIMER TIEMPO: El ruiseñor sueco, descubierto en Alemania por M. Meyenbeer y alquilado á tanto por dia por M. Barnum, especulador de entusiasmo lírico, en una palabra, Jenny Lind desembarca en Nueva-York. Se abruma sobre el muelle por verla; se desloman en las calles, y se ahogan en las puertas de su palacio. Fórmase la lista de los inutilizados, pidiendo por ellos al congreso pensiones nacionales. Por la noche, gran serenata bajo las ventanas del *Ruiseñor*; y se imprimen los nombres de los músicos y los de los espectadores para hacerlos conocer al universo entero.

SEGUNDO TIEMPO: Todos los paquebotes y caminos de hierro de los Estados- Unidos no son suficientes para los convoyes de recreo que traen á los oyentes de los cuatro puntos del horizonte. Las diputaciones de magistrados y de señoritas, los ramilletes, las joyas y los pasteles de hígado se suceden en casa del *Ruiseñor*. Sítie en coche. Su coche no puede abrir camino entre el gentío. Desatan los caballos y arrastran el coche. Cuatro senadores llevan los cordones de la carroza. A la vuelta se disponen los pormenores del primer concierto. La sala contiene ocho mil asientos. Se ofrecerá cada billete por seis pesos.—¡Por tres pesos! esclama el *Ruiseñor*; quiero que me oiga todo el mun-

do.—Poco me importa, se dice M. Barnum á sí mismo; venderé los billetes en pública subasta al que ofrezca mas. Llegan enviados de todos los Estados de la Union. Todos ofrecen cinco mil pesos y una sala hecha de intento para obtener la gracia de un concierzo. ¡Pero qué significa ese movimiento y esas piezas de artillería arrastradas por seis caballos! Son veinte pianos de cola que los artífices americanos regalan al *Ruiseñor*. Inmortalizará cada uno de estos instrumentos con una sola y simple nota, y entonces los artífices no cederán en nada, ni á Pleyel, ni á Erard.... Jenny Lind da las gracias, ensaya y devuelve los pianos. Entusiasmo de los fabricantes, que lo habian previsto, y que así venderán sus cajas á peso de oro bajo el nombre de *pianos del Ruiseñor*. El día terminia por una gran comida, cuyos brindis publicarán los periódicos en treinta columnas (tipo pequeño) y por el recibimiento de los quince veintidos de New-York, á quien Jenny promete cantar en su obsequio. Los ciegos, que no son sordos, empiezan á gritar como si lo fuesen. Por la noche baile de máscara, donde se aguarda en vano al *Ruiseñor*, pero en donde las grandes señoras parecen vestidas de viranderas de la *Fille du Regiment*.

TERCER TIEMPO: La procesion de las autoridades civiles, militares y religiosas; sí, religiosas. El obispo protestante Hugues va á pagar su tributo al *Ruiseñor* (textualmente). El presidente de las bellas artes conduce á Jenny á la exposicion de los cuadros. El *Ruiseñor* canta un himno á cada corteza americana; Rafael, Ticiano y Leonardo no son nada en comparacion de MM. Church y Landscap.—Los conocéis!—¡No!—¡Ni yo tampoco! Ha en una colacion en medio de veinte brindis. Entregan á la cómica el librete del salon encuadernado en zapa.—¡Estoy encantada! esclama ella.—¡Yo tambien! dice el presidente.—Bravos frenéticos.

CUARTO TIEMPO: Publicacion en los periódicos de los nombres de todos los nuevos yanques que se han inscrito en casa de *Ruiseñor* con sus señas y la lista de las mercancías que venden al precio mas módico. El reclamo no pierde nunca sus derechos. Conensero entre 753 romanzas enviadas á la cantatriz por los compositores del pais. Una junta *ad hoc* corona con doscientos pesos la cancion número 433: *Welcome to America* (Salud á América). El *Ruiseñor* la cantará en el primer concierzo. La fortuna del autor ya está hecha. Puede dejar de tener talento, pero aprovechar este privilegio.

QUINTO TIEMPO: Venta de los billetes en almoneda. Algunos de ellos suben hasta doscientos veinticinco pesos siendo estos de los peores asientos. . . . pero ¡los mas próximos al *Ruiseñor*! La oración muy mal, pero casi la tocarán y podrán tirarle un ramo á cada nota. Uno de ellos compró un sombrero que, habiéndose hecho célebre así, piensa ganar mil dolares con los sombreros que venderá durante el mes.

SESTO TIEMPO: Concierto.—Bravos, pataleos, estremos, truenos de aplausos, versos, diamantes, flores, &c. &c., recaudacion, 26,000 pesos.

POST SCRIPTUM. Los americanos de los Estados- Unidos tienen la justa reputacion de no comprender la música. Son los primeros comerciantes y los últimos *dilettanti* del mundo despues de los ingleses. Si los ilustres compositores de los trozos cantados por Jenny Lind tuviesen la idea de querer figurar en New-York al lado de ella, no recibirían ni tan solo un aplauso quizá, y si patatas cocidas. Ahora bien; ¿quién es esta Jenny Lind! He aquí su biografía exacta.

Nació en Stockholm el 6 de Octubre de 1820. Su padre, que tenia un colegio de señoritas, la colocó en el Conservatorio bajo la direccion del profesor Berg. Principió en 1840 con

mediano éxito en su ciudad natal. En 1843 M. Mayerbeer la hizo entrar en la Opera de Paris. Madame Stoltz la alejó de ella desistramente. Desde este golpe que no merecía, Jenny Lind detesta la Francia y se venga de ella en todas las partes del mundo. Ha recibido tan mal á M. Duponchel en Londres, que este la estubo á punto de declarar la guerra á la Suecia. Cuando la cantatriz viene á Paris, dice á todos:—Aquí me tenéis! Miradme bien; envidiadme, pero ¡jamás me oiréis!

Sus compatriotas, abrazando como propia su causa, la llevaron hasta las nubes á fines de 1843. Fué desde entonces de triunfo en triunfo en Berlin, en Viena y en Londres. Cuando salió de esta ciudad, hicieron salvas de artillería.

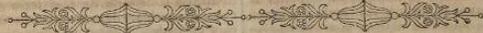
Jenny Lind no es bonita en la acepción rigurosa de la palabra. Su cara es agradable y su talle muy comun; pero tiene un encanto particular en el suave mirar de sus ojos y en la rubia opulencia de su cabellera. En fin, todo es original en ella, su fisonomía, su metal de voz, su talento y su carácter. Posee un soprano encantador, un método excelente y un charlatamismo irresistible. Lo que no sabe cantar para el oído, lo sabe cantar para la imaginación. Se agita uno, entusiasmado sin saber cómo, ni por qué. Su acción es sobria, elegante y graciosa. Sus papeles de *bravura* son la *Namánbula* y la *Hija del Regimiento*.

En cuanto á sus medios artificiales, los varía segun el país. En Suecia se la cree prometida á un pastor dismilmillones en dotes; en Berlin, al heredero de un gran banquero escocés, y en Viena á un pequeño príncipe que le aguarda en su pueblo. En Londres va á dejar el teatro después de cada representación, ó irse á encerrar en una chocilla ó en un claustro. Estos estudiados rumores estimulan á los curiosos, empuñan la corte y la ciudad, y hacen subir las recaudaciones á sumas

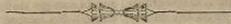
fabulosas. Añadid que el *Ruisñor* llora cuando le aplauden, lleva su mano al corazón y dirige al pátio besos propios de niños. Añadid todavía que, sin abandonar la línea del deber, ha penetrado en las cortes de Europe y ganado la amistad de los mas altos personajes. En fin, añadid que entiendo sus intereses como el mas rico hacendista de la Bolsa. No se ha embarcado para los Estados-Unidos, sino despues de recibir 750.000 francos de antemano sobre el producto de ciento cincuenta conciertos que debe dar en diez y ocho meses, sin perjuicio de un ciento por ciento de los beneficios, de un paguete á sus órdenes, de un paje y de un carruaje de príncipe, de diez y siete criados, de una mesa diaria de veinticinco cubiertos, y de ciento ochenta y siete mil pesó para su acompañador Benedicto y para su parcionero Belletti. ¿Crecis quizá arruinado á M. Barnum con semejante ajuste? ¡Desengaños! Su contrata es tan buena, que veinte especuladores se hallan dispuestos á subarrendar el *Ruisñor* á ciento por ciento de beneficio.

Terminemos arrojando tambien nosotros nuestro ramillete á Jenny Lind. Ha dado en New-York á los pobres diez mil pesos ganados en su primer concierto. Y en todas partes donde el oro anda rodando á sus piés, dota ricamente los hospicios, las escuelas y los albergues de niños. ¡Bravo! y mil veces bravo! . . . Pero ¡por qué anunciar tales favores por medio de los administradores y las papeles piques que el orgullo entra por tanto ó mas que el orgullo? Si estas limosnas fueran tan secretas como el sócorro de la viuda, en vez de gritar: ¡Bravo! gritariamos: ¡Bravisimo!

(El Mundo pintoresco.)



## VARIEDADES.



### CAUSA

#### CONTRA JUANA DE ARCO,

#### DONCELLA DE ORLEANS.

(CONTINUA.)

Mas de siete mil hombres costó á los sitiadores la Doncella. Tantas y tan sangrientas fueron las jornadas en que salió victoriosa. Todos los dias iba á despertar á los ingleses, quebrantados al fin de esta fatiga incesante.

Ella misma se encargó de noticiar al rey tan fausto acontecimiento. "Gentil delin, le dijo arrodillada abrazándole las piernas, venid á consagrarnos á Reims-Orleans; es libre."

La corte se entregó al mayor júbilo, y para conservar Orleans la memoria de las hazañas de la Doncella, erigió en el puente un monumento con un crucifijo, teniendo á sus piés y arrodillados, al rey y á Juana, armados completamente.

Reanimados los partidarios del rey, volvieron á la guerra por no perder la ocasion que se presentaba de hacer fortuna. Uno solo, el condestable de

Richemont, se unió al rey con doce mil infantes y mil doscientos caballos que reunió. En esta ocasion prestó la Doncella un servicio importante. Dudábase de las intenciones del condestable, y se la encargó las sondase antes de atacarle. Resultado de varias esplicaciones, fué contra la Doncella con tan considerable refuerzo.

Encerra los ingleses en Gergeaux, pidió al rey le permitiese atacarlos. Concedido, y las tropas del duque de Alençon, ganó la fortaleza por asalto, yendo á la fortaleza de los flanqueadores con espada en mano y su estandarte, y á pesar de haber sido echada á tierra con una piedra enorme.

Beaugency y Meun fueron tambien tomadas á viva fuerza. De la situación que tantos reveses habian reducido al ejército invasor, puede formarse idea por una carta que escribió el duque de Bedford, su jefe; al rey, su sobrino, y fué interceptada. "Vuestras tropas, decia, han sufrido terribles golpes en Orleans y otros puntos, golpes de que ha sido causa la confianza que ha inspirado al enemigo una mujer infernal, discípula de Satán, á quien llaman la Doncella, la cual se ha valido para conquistarla de encantamientos y sortilegios. La retirada de Orleans ha desanimado al ejército. El contrario se me acerca numeroso."

Así era. El 28 de Junio de 1429 perdieron en Patay cerca de cinco mil hombres los ingleses, á pesar de su valor. Prodigios hizo en aquel dia

la Doncella, siempre en el punto de mayor peligro; y animando siempre á los soldados, les inspiró, acudiendo solícita á todas partes, un arrojo sobrehumano. Había ganado su corazón y su entusiasmo.

El ejército estaba ya bajo la mas severa disciplina, gracias á la Doncella, adorada del pueblo por su ínteres en el alivio de sus males, y su familiaridad con los humildes.

En la creencia de que, consagrado el rey, se rendirian de suyo los demas puntos que ocupaba el enemigo, mucho trabajo costó á la Doncella detener al rey tres dias, que creyó ser suficientes para tomarles antes. Al cabo de ellos, su valor de todos los dias hizo al rey dueño de Troyes, Châlons y otras plazas, consagrándose así con el prestigio de la victoria y de la posesion del reino.

Acudióse entonces una medalla en honor de la Doncella, con su efigie en un lado, y en el otro una mano con una espada y esta leyenda: *Consilio confirmata Dei.*

Acúrese la desgracia de la Doncella. A la aproximacion del ejército real, se despliega el de los ingleses, y toma el rey consejo de los generales: todos menos ella opinan por seguir á Paris, y va el rey á ponerle cerco. Herida, y hecha retirar del asalto, fué tanta la pérdida que los sitiadores experimentaron en sus vigorosos ataques, y tan tenaz y bien organizada la resistencia, que se vieron obligados á levantar el sitio, cesasas por otra parte las subsistencias.

Reforzados con los del duque de Borgoña se disponian los ingleses á reconquistar algunas plazas. Entonces dijo la Doncella, que habiendo hecho levantar el sitio de Orleans y consagrarse al rey, habia cumplido su mision y deberia volver á apacentar sus ganados. Pero necesitando todavia sus servicios la buena causa no titubeó, amante tambien de la gloria, en continuarlos. Si entonces se hubiera retirado, no habria sido trágico su fin,

ni afearia la historia de Inglaterra el cobarde asesinato de esta muger heroica y exaltada. Verdad es que entonces no habria ofrecido la de Juana de Arco el doble interés de sus desventuras, ni realizado estas tanto á los ojos de la posteridad su figura interesante.

Encargada de la persecucion de Franquet, famoso capitán borgoñés, que hacia una guerra de vandalismo, le desafió personalmente por economizar la sangre de los valientes que mandaba. No aceptó Franquet, y á poco cayó prisionero, costándole la vida, á cuya pérdida estaba de antemano sentenciado.

Situada Compiègne por los del duque de Borgoña, encerróse dentro la Doncella el 25 de Mayo de 1430. Para desbaratar las obras del enemigo, hizo despues de otras, coronadas del mejor éxito, una salida, y por favorecer la retirada de los suyos, quedóse como siempre, á retaguardia. Entradas apenas sus tropas, álzase el puente levadizo, y queda en poder de los ingleses.

Muchos y muy respetables historiadores creen que esta fatalidad fué obra de la traicion de tantos envidiosos de sus glorias. Abandonada despues á su propia suerte, no es infundada esta opinion. Se hace increíble que una persona tenida entre todos por divina, tan distinguida por sus hazañas, que habia salvado á Orleans, que habia libertado á la Francia, cuando ni esperanza quedaba de su remedio, fuese periódicamente vendida al extranjero por sus compatriotas mismos.

El rey y todos los buenos franceses recibieron esta dolorosa nueva con el mas profundo sentimiento, y comprendieron la gravedad de esta pérdida, que celebraron locamente los ingleses, rejajándose en la importancia que la daban, y atribuyendo á magia y sortilegios lo que era efecto del valor y prendas militares de su ilustre prisionera. Traslada á Ruan, fué objeto en su tránsito de los mas crueles, de los mas

injastos, de los mas afrentosos tratamientos.

La duquesa de Bethford en su bajo desseo de hacer pasar á la Doncella por una muger licenciosa, la hizo reconocer por matronas, cuyo informe no correspondió á su propósito, costando á su puñal de la Doncella, abundantes y amargas lágrimas esta segunda prueba vergonzosa. Parecia imposible que una muger jóven hubiese conservado su pureza por tanto tiempo en el desorden de los campamentos, en los peligros de la guerra. A prueba de la corrupcion de su siglo, la Doncella no dió jamas en su corazón entrada al vicio.

Burlados en su designio de hacerla pasar por una muger desarreglada, y mortificado su orgullo, apelaron los ingleses á la heresia y á la magia, atribuyéndola estas cualidades para que fuese considerada como emisaria de Satanás, como depositaria de su poder, no como su heroica vencedora.

Aquí comienza el proceso. Fueron nombrados para juzgurla, ó mejor dicho, para matarla, el obispo de Beauvais, un inquisidor, y otro eclesiástico. Para su acusacion se echó mano del mayor malvado de su tiempo.

Nula era esta causa. Prisionera de constante, su talento, sus atractivos, sus hazañas, sus victorias sobre los ingleses.

Comenzó el proceso por una orden del rey de Inglaterra concebida en estos terminos:

“Enrique, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Inglaterra, á todos los que las presentes vieren, salud. Es notorio que una muger conocida por la Doncella Juana, despues de haber trocado por el vestido de su sexo el del nuestro, ha hecho ejecutar muchas muertes, diciéndose enviada de Dios, seduciendo á su pais, y abusando de su credulidad, y manifestándose en todas partes, sabedora de los secretos divinos, practicando muchas idolatrias, y cometiendo crímenes contra la fe ca-

tólica. Pero en tanto que ella se entregaba á estos desórdenes, nuestros soldados la han cogido prisionera, y habiéndonos rogado nuestra querida universidad de Paris ordenásemos que se la formase causa por el tribunal eclesiástico, atendido el interes de la religion.

“Por este motivo, por la reverencia y el honor del nombre de Dios, mandamos que dicha Juana sea entregada al reverendo padre en Dios el obispo de Beauvais para que la juzgue. Tambien mandamos á todos nuestros oficiales franceses é ingleses que no pongan impedimento alguno al obispo citado, prestándole al contrario los auxilios necesarios. Es nuestro propósito corregir de sus extravíos á Juana, si no estuviese convicta de los crímenes que se la imputan. Dado en Ruan el año 1431.”

Respetada la castidad en esta ordenanza-acusacion, hasta sus mas furiosos enemigos se vieron obligados á respetar su virtud.

El promotor Estivet la acusó de hechicera, adivina, profetisa falsa, de invocac y conjurar los espíritus malignos, de sediciosa, escandalosa, de turbar el reposo comun, de haber olvidado la decencia y el decoro de su sexo, visitando de hombre y de herge, consintiendo ser reverenciada, adorada, y besadas sus manos y ropas. A estos se redujeron los crímenes de que fué acusada, y que abultó con las frases que le sugirió su odio inglés, y la distincion de su comunión católica.

Alma de tan monstruoso proceso fué una informacion de testigos buscados *ad hoc*, y que no podian olvidar, al ser llamados, la declaracion de que se les habia instruido, porque abrocciendo á la Doncella de corazón, no les faltarian palabras para perjudicarla. Era menester que fuese Juana hechicera y maga, que tuviese pacto con el demonio; un valor tantas veces funesto á los orgullosos ingleses, no podia ser sino un valor infernal. No podian tragat que una muchacha les hubiese derrois-

do tantas veces, que les hubiese quitado la Francia, y solo su muerte, solo una venganza indigna de una nacion grande, y contraria al derecho de gentes, podia aplacar su ferocidad.

Hicieron las declaraciones de los testigos, escuchado es reseñadas, arregladas todas á la instruccion que les dió el promotor fiscal. Pero si por repugnante debemos apartar la vista de ese cuadro, llevémosla al que nos ofrece el interrogatorio que sufrió la Doncella, y de que haremos un extracto.

Vino á decir la Doncella que muchas veces habia oido una voz del cielo acompañada de una gran claridad, animándola á hacer levantar el sitio de Orleans, y obedeciendo y sintiéndose con valor para esta empresa, dió cuenta de este suceso al gobernador de su provincia, de quien fué al fin escuchada y protegida en su presentacion al rey, y quien la hizo vestir de hombre; que jamas habia visto hechiceras; que la voz que habia llegado á sus oidos era de Santa Margarita, San Miguel y Santa Catalina, á quienes habia hablado; que se habia vestido de hombre por mandato espreso de Dios, y que lo mismo habria hecho sin la voluntad del cielo, porque el decoro y buen parecer tambien se lo prescribían en medio del ejército, en lo mas rídiculo de los combates.

Preguntada si habia usado de algun escudo de armas, contestó negativamente, y que habiendo rechazado el que la ofreciera el rey, se lo dió á sus hermanos. So la hizo cargo de haber exigido esta distincion por satisfacer su vanidad.

Tambien se la hizo de haberse tirado desde la torre de Burevoir, estando prisionera, con el fin de suicidarse, confesó el hecho, pero no la intencion que se la atribuía, sino la de salvarse.

Dijo asimismo que habia sido objeto de cariño, mas no de la adoracion de los franceses; que si la habian besado las manos y aun sus ropas, habia sido contra su voluntad, sin poder resistir al entusiasmo que causaba.

que habia prometido al rey la primera vez que le saludó hacer levantar el cerco de Orleans, consagrarle y vengarle de sus enemigos, y recordando que habia realizado sus propósitos, se creia, si no superior á los demás, protegida por la Providencia.

Reconvenida de haber impedido se hiciese la paz, respondió que tal era la voluntad de Dios, y que la paz no se haria mientras los ingleses pisasen el suelo frances, habiéndola esta rechazado cuando ella se la propuso.

Se la hizo tambien cargo de haber hecho morir á Franquet, y contestó que era un ladron condenado con anterioridad á muerte.

(Continuará.)



DISCURSO PRONUNCIADO

POR DON

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

MIEMBRO RESIDENTE DEL INSTITUTO HISTÓRICO DE FRANCIA, EN LA DECIMA SESION DEL OCTAVO CONGRESO, SOBRE LA CUESTION SIGUIENTE

(CONCLUYE.)

En asuntos políticos se advierte la misma diferencia; el siglo anterior tenia enteramente el fanatismo de secta; queria sujetar al gobierno de las naciones á fórmulas matemáticas, tan rigurosas como inmutables. Para nada tenia en cuenta las tradiciones antiguas, las leyes, las costumbres: todo debia estar compuesto, arreglado segun las reglas de una perfecta simetria. Era el sistema de Le Notre, llevado

desde los jardines al gobierno de los pueblos.

En filosofía, el siglo último no se muestra menos sistemático, ni menos exclusivo; dejase arrastrar por el mismo espíritu que lo extravió en religión y en política. A fuerza de someterlo todo á las reducidas dimensiones de su compás, llega casi á hacer del hombre una máquina, una estatua, que siente y se mueve por casualidad.

En nuestro tiempo, el espíritu filosófico se muestra tanto mas desembarazado y mas libre, en cuanto no se arrastra por la tierra temeroso de mirar al cielo. La metafísica, haciéndose mas espiritualista, ha prestado un auxilio muy poderoso á la moral; y ambas pueden abrazarse en adelante sin desconfianza, al lado de la religión.

Volviendo, señores, á nuestro asunto, vemos hasta qué punto el espíritu del siglo hace sentir su influencia sobre la literatura. Ningun sistema exclusivo, ninguna teoría exagerada; en la sociedad de las letras, lo mismo que en la sociedad política, se teme á los absolutistas y á los niveladores. Cuantos esfuerzos se han hecho para destruir las antiguas reputaciones, han quedado sin efecto, y los grandes hombres de otro siglo permanecen aún sobre su pedestal. En el día no se adoran ídolos; pero tampoco se hacen pedrazos para impedir la idolatría.

Durante el siglo último, la obediencia á los preceptos del arte se habia llevado hasta la supersticion; se ha verificado despues una reaccion en sentido contrario, y todo se ha querido trastornar. ¡Siempre el mismo espequeño! tras el despotismo, la anarquía. ¡No tendremos jamas libertad!

Algo es ya ver el espíritu, independiente y sabio al mismo tiempo, que se aplica á ciertos estudios, por ejemplo al de la historia. En el siglo XVI, la historia aparecia mas bien literaria; en el XVIII, hacia ostentacion de filosofía; en nuestros tiempos, busca sobre todo los hechos.

El mismo espíritu que ha inducido á la generacion actual á rehacer los estudios históricos, se ha hecho sentir tambien en la novela; y al lado de las ficciones, se han deseado encontrar hechos verdaderos. Si no es un género nuevo, puede decirse por lo menos que ha tomado en nuestros dias una nueva forma. La novela se ha hecho mas locuaz y mas dramática; hace obrar á sus personajes, en vez de hacerles disertar, presenta á nuestra vista cuadros verdaderos; se aproxima á la crónica, de la cual toma preciosos detalles; y en manos de los grandes maestros, llega á ser algunas veces mas verdadera que la historia.

El lagrimeo de la antigua novela nos encontraria ahora un poco enfriados; y las lecciones de elevada filosofía que en otro tiempo se daban en ellas, corrian gran peligro de provocar nuestro sueño. Este siglo no es contemplativo ni pensador; gusta del movimiento, de la accion; busca algo de positivo, aun en la novela que le ha de entretener.

Por una causa casi parecida, cayeron en el olvido algunos géneros de literatura muy apreciados en otro tiempo; y fuera preciso mucho talento para devolverles su antiguo brillo. Nosotros, hijos y herederos de una revolucion nosotros que hemos visto, con nuestros propios ojos, tantos Estados trastornados, tantos reyes destronados ó proscritos; nosotros que hemos visto á Napoleon en Santa Elena, ¡podemos acaso tomar un interes muy vivo por las ficticias desgracias de Coridon ó de Titiro? La Egiptología y el Idilio, que son el encanto de los tiempos tranquilos, correspondian maravillosamente á la corte de Leon X ó de Luis XIV. Cuando se fastidiaban en Versalles, ¡por qué no pensar en los campos?

Los pastores y pastoras, con el sombrero lleno de cintas en la cabeza, y el cayado en la mano, eran solo gentes de la corte, tanto en las Egiptologías como en los balles.

Como el siglo actual no gusta del

afeite y del colorite, tampoco puede complacerse en aquel género falso y contrahecho; además, no es ya bastante sencillo é inocente, para encontrar un verdadero encanto en las bellezas de la naturaleza. El género *pastoral* no es ya para él de ningún modo.

Se ha pretendido que la *fábula* había tenido su origen en el Oriente, y que el deseo de dar lecciones á los poderosos, sin atravesar demasiado su coherencia, le había creado. Si este hecho es cierto, como parece verosímil, explica también por qué la *fábula* está casi abandonada en nuestros días. ¿Hay acaso algún hombre bastante poderoso cuya coherencia pueda temerse? Aquel inocente artificio ha llegado á ser del todo inútil, á lo menos con respecto á los reyes; tal vez será preciso emplearlo para decir la verdad á los pueblos.

El *candor* un poco infantil que ocultaba la *poeta maliciosa* de la *fábula* y que formaba su encanto, en nuestros días estaría fuera de lugar. En otro tiempo se podía ser *fabulista* y *buen hombre*; ahora es preciso llevar en la mano el pincel de *Juvenal*, para mostrarnos á los *animales pintados por ellos mismos*.

No me atreveré á decir si es posible ó no componer un *Poema épico*, capaz de despertar bastante interés para llegar á ser enteramente popular; pero no vacilo en afirmar, que una obra maestra semejante, en los tiempos que corren, se ha hecho mucho mas difícil. ¿Hay en la historia ó en la *fábula* algún hecho tan grande, tan maravilloso como los que nosotros mismos hemos visto? Los hechos, lo mismo que la luna, se engrandecen con las nubes que les rodean; y es preciso mirarlos desde una gran distancia. Aproximando nosotros los tiempos pasados, recorriendo la historia con una antorcha en la mano, causamos perjuicio al efecto *poético*; gana en ello la *razon*, pero la imaginación pierde.

Es propio de nuestro siglo examinar los hechos, para conocer sus menores detalles. Nos apoderamos de

un hecho, le colocamos desnudo sobre el mármol, y hacemos de él una especie de *autopsia*. ¡Buen medio, por cierto, para tener ilusión!

El poeta épico exige de nosotros, para seducirnos, para encantarnos, un poco de fe crédula, por no decir ciega; y nosotros abrimos tantos ojos, y queremos tocarlo todo con nuestros manos.

No nos gusta que se haga uso de la *mitología*; es demasiado viejo, aun para el teatro de la *ópera*. No nos gusta tampoco que se haga intervenir en un asunto profano la religión cristiana llena de tan elevada poesía (se ha demostrado tan bien en nuestros días) pero que, cual tímida virgen, teme mezclarse en las fiestas del pueblo, y reserva sus cantos para el altar.

El tiempo de los *encantamientos* y de las *brujas* pasó también; investigamos las causas mas pequeñas para explicar los hechos; nos complacemos en descubrir los resortes y los hilos que dan movimiento á los hombres en esta gran comedia del mundo. ¡Preciso es confesarlo; es un siglo estrañamente *Epico*, aquel en que se representan en la escena los *Titeres* y el *Vaso de agua!*

Los siglos mas adelantados en civilización, son tal vez los menos á propósito para la *epopeya*; vémosla siempre nacer en todos los pueblos, en los tiempos mas remotos. Los poemas de Homero, según se pretende, no eran mas que el eco de otros cantos mas antiguos. En España, la poesía mas antigua que ha llegado hasta nosotros, es precisamente el poema del *Cid*, que al parecer pertenece al siglo XII. Vosotros tenéis también vuestro antiguo poema de *Alejandro*, y otros tal vez mas viejos todavía. Por estravagante que parezca, pudiera decirse que la poesía en su infancia se entretiene en jugar con la *trompa épica*.

En nuestros días, al contrario, todo parece que conspira contra la *epopeya*;

y la civilización, las luces y la dirección de los espíritus; la política misma, le ha causado tal vez un gran perjuicio. El interés que los pueblos manifiestan por la discusión de sus negocios y por las luchas de la tribuna, hácese que asistan con mayor indiferencia á los combates de los antiguos héroes.

No es posible detenerse por mucho tiempo delante de un hecho, por grande que sea; la atención se distrae con otros que pasan rápidamente á nuestra vista, como en una litera mágica, y cuyo ruido nos transmiten mil voces diferentes. ¿Quién sabe si el *periodismo* habrá muerto á la *epopeya*?

El teatro dichosamente no ha sido herido por el mismo golpe; pero no ha evitado del todo el peligro. Véanse los esfuerzos que se hacen por do quiera para ponerle en armonía con el espíritu del siglo. La empresa se creyó fácil en un principio; pero la ilusión dura poco. Se principió por tratar al público como se trata á las gentes desganadas; creyóse que bastaba darle cosas nuevas, y se cayó en la estravagancia. Queriendo evitar un escollo, fueron á estrellarse en el escollo opuesto.

El antiguo drama, se ha dicho, estaba envuelto á poca diferencia como una momia egipcia, para que cupiera en poco espacio y pudiera encerrarse en las *tres cuartillas*; preciso es pues quitarle las trabas, libertándole del yugo de las reglas, ¡Dejémosle sin freno, y sin vida, y correrá mas altivo y mas hermoso!

El resultado no correspondió sin embargo á las esperanzas. El público, sediento de emociones, fué seducido, en el primer momento por el brillo del talento, y por el atractivo de la novedad; pero pronto volvió de su sorpresa, y ha sucedido, como sucede casi siempre, que la *razon* ha tendido al fin *razon*.

Los espíritus mas apasionados por el nuevo sistema, han conocido la necesidad de moderar su carrera; pues

muchas veces no se alcanza el objeto por que se va mas allá de él.

Aquellos que en el campo enemigo, habían en un principio pretendido permanecer inmoviles, denunciando como una especie de *heresia* la menor innovación, se han visto precisados también á ceder algo de su terreno. Están siempre apegados al viejo simbolismo; pero ya no tienen igual fe en las antiguas doctrinas. No son ya *Puritanos*, ni *Jansenistas* literarios, sino *Molinistas* muy dulces y tratables, que creen que hay también *acercamientos* con el Parnaso. Véase cómo ha aflajado poco á poco la lucha que amenazaba no ha mucho presenciar al mundo el aspecto de un combate á muerte, como el de Roma y Cartago, en que el partido vencido debía desaparecer enteramente; véase cómo acabará tal vez, como todas las guerras civiles, por una *transacción*.

En cuanto á mí, no creo que público de nuestros días se complazca sobre manera con el drama griego, tan simple, tan cándido, tan bello en su misma desnudez, como la *Venus* de Médicis; pero tan poco creo que sea preciso presentarnos en la escena cuadros como el del *Juicio Final* de Miguel Angel, con aquella multitud de figuras, de tormentos y de demonios por añadidura. No se conseguirá con la exageración de sistemas y con destreza, sino tal vez con un espíritu de observación prudente y reflexivo, adaptar el teatro á las necesidades de la generación actual, poniéndole de acuerdo con el espíritu del siglo.

Los progresos hechos en nuestros días en la ciencia histórica, hacen la tarea del poeta menos fácil; el público, sediento de emociones, exige, y difícilmente se disimulará, aunque fuese á Lope ó á Calderón, el presentar á españoles con la túnica griega ó la toga romana; y costaría trabajo escuchar aun en versos magníficos, á *Orosman* ó *Pirro* hablando de sus amores un poco á la francesa.

No son solo los poetas, sino los pin-